

CIUDAD RODRIGO EN PODER DE LOS INGLESES (*)

(Enero de 1812)

por el Dr. JEAN SARRAMON

Traducción española del Coronel de E. M. JUAN PRIEGO LOPEZ

1. LOS INGLESES ASEDIAN CIUDAD RODRIGO

(Croquis núm. 1 y 2)

Ciudad Rodrigo está situada sobre una eminencia de forma oval que domina la orilla derecha del Agueda. Sus fortificaciones —que aún se conservan en nuestros días— no estaban de ningún modo en relación con su importancia estratégica. Consistían en una muralla medieval de unos diez metros de altura, de mampostería inconsistente, desprovista de flancos, con parapetos estrechos y algunas torres. Para reforzar esta muralla, se había construido alrededor de ella, salvo en su frente meridional —protegido por los rocosos escarpes que dominan el río—, un recinto exterior más moderno, sirviendo de falsa-braga, trazado en forma de redientes, precedido de un foso con revestimientos, pero sin camino cubierto. Esta línea de defensa secundaria había sido edificada sobre las pendientes de la eminencia en que se asienta la ciudad, de suerte que sólo cubría una parte del recinto principal; lo empinado del glacis motivaba que la falsa-braga estuviera también muy mal protegida, y las primeras baterías del sitiador se encontraban así en condiciones de batir las escarpas.

Las inmediaciones de la plaza estaban rodeadas de arrabales, edificios, huertos y obstáculos de todo orden que favorecían los aproches. Al Nordeste, en particular, donde desembocaba el camino de Salamanca, se elevaba el arrabal de San Francisco, que los españoles, con ocasión de sus preparativos de defensa en 1810, habían protegido con atrincheramientos de campaña bastante rudimentarios completados por empalizadas. Si los contornos del montículo donde se asienta la fortaleza son en general llanos y pedregosos, al norte del mismo

(*) Fragmento de la obra todavía inédita del mismo autor: *La Guerre de l'Indépendance de la Péninsule Iberique contre Napoléon I^{er}*, de la que se conserva un ejemplar fotocopiado en nuestro Servicio Histórico Militar, a disposición de quien desee consultarla.

existen dos alturas denominadas Teso de San Francisco (la más elevada y lejana) y Teso del Calvario (la más baja y próxima). Los franceses, para abreviar, las denominaban, respectivamente, Teso Grande y Teso Chico, y así las designaremos en nuestro relato. La más elevada dominaba en trece metros el parapeto de la muralla, y la más pequeña superaba todavía en seis metros la falsa-braga.

Esta era, pues, la parte débil de la plaza, ya que tan sólo 200 y 600 metros separan, respectivamente, el Teso Chico y el Teso Grande del ángulo saliente formado por el frente norte del recinto, a la altura de la Torre del Rey. El suelo de uno y otro montículo era mucho menos duro que el de sus alrededores, y se prestaba mejor, por tanto, a los trabajos de zapa. Como el ataque francés durante el sitio de 1810 se había desarrollado a partir de aquel sector, los rastros de las obras y particularmente de las trincheras, no se habían desvanecido todavía por completo, y era fácil cavar en los mismos lugares, a despecho de las operaciones de relleno efectuadas desde entonces.

Conscientes del peligro que podría derivarse para los defensores de la existencia de esta posición dominante a tan corta distancia de las fortificaciones, los oficiales de ingenieros franceses habían construido sobre el Teso Grande la luneta Reynaud, que llevaba el nombre del gobernador de la plaza, raptado el 15 de octubre de 1811 por don Julián Sánchez. Esta obra, con parapetos de tierra, era triangular; establecida sobre el borde de la cima suavemente redondeada del tesos, su frente se encontraba bien desfilado y el asaltante no podía descubrir más que su vértice anterior, mientras que sus defensores tenían las vistas despejadas hasta unos trescientos metros en torno; un foso empalizado cubría sus dos caras laterales, y su gola estaba cerrada por un muro con almenas, bordeado de caballos de frisa, y en el cual se abría una puerta. El reducto se hallaba armado con dos cañones de campaña y un obús, pudiendo recibir una guarnición de cincuenta hombres. Para proteger esta luneta, dos piezas de grueso calibre habían sido instaladas sobre la terraza del convento fortificado de San Francisco, que se elevaba a unos cuatrocientos metros al Este; mientras que el convento de Santa Cruz, situado entre los tesos y el Agueda, al noroeste de la ciudad, había sido provisto de aspilleras y convertido en puesto de infantería destinado a cubrir los accesos por el lado opuesto (1). El frente norte de la plaza estaba armado, a su vez, con cuarenta y ocho piezas de artillería, entre las cuales figuraban buen número de obuses y morteros, a fin de batir todos los itinerarios que partían del Teso Grande.

Al Este, entre el arrabal de San Francisco y el Agueda, el convento de Santo Domingo había sido puesto igualmente en estado de defensa, completando el sistema de obras exteriores destinadas a

(1) En sus *Memorias* (T. IV, pág. 83), el Duque de Ragusa declara haber mandado «habilitar como puesto avanzado» el convento de San Francisco; lo que, en unión de su carta del 16 de septiembre, prueba que estaba bien al corriente de todo lo relacionado con Ciudad Rodrigo.

retardar el ataque al recinto de la plaza propiamente dicho. Bien entendido que la brecha abierta en 1810 por la artillería del Mariscal Ney, al nivel del ángulo saliente de la catedral, había sido objeto de una restauración minuciosa, teniendo en cuenta los medios de que disponían los ocupantes. Si para este trabajo se habían procurado fácilmente piedras de talla, no habían conseguido en cambio unir las con buena argamasa, por falta de cal, «que era muy rara en el país». El tinte más claro de la parte reconstruida permitía localizarla fácilmente desde lejos y convertirla así en un blanco ideal (2).

La defensa de una fortaleza tan vulnerable y cuya conservación resultaba esencial para los ejércitos imperiales se hallaba confiada al General Barrié, que no había ocultado su repugnancia cuando Dorsenne le había designado gobernador de Ciudad Rodrigo, en espera de que el Emperador escogiese otro. El jefe del ejército del Norte no se hacía ninguna ilusión sobre la calidad del hombre a quien había cargado con tan pesada responsabilidad; pero en primer lugar, no tenía ningún otro a mano, y, además, desde que Thiébault le había instalado en su puesto, no fue posible reemplazarlo. ¿No era ésta, pues, una razón de más para que la fortaleza del Agueda se convirtiera en la principal preocupación de Dorsenne y de Marmont?

Ya tendremos ocasión de examinar ulteriormente cuál debía ser la conducta de Barrié durante el sitio de la plaza. Por el momento, conviene precisar los medios de que disponía, y, ante todo, en qué consistía la guarnición. Desde fines de septiembre, un destacamento del ejército del Norte, procedente de la antigua División Séras, ocupaba Ciudad Rodrigo. Se componía de los 2.º y 3.º batallones del 34.º ligero y de un batallón del 113.º de línea. Las compañías de preferencia del 62.º habían formado parte de dicha guarnición durante algún tiempo; habiendo sido al parecer retiradas de ella a principios de noviembre de 1811. En todo caso, no se encontraban ya en la plaza en enero de 1812.

Se trataba, en realidad, de unidades mediocres. En virtud de un decreto de 9 de marzo de 1811, el 34.º ligero había sido formado en mayo siguiente a base de los 2.º, 4.º, 5.º y 7.º batallones auxiliares, unidades provisionales que entraron en España a principios de 1810, constituidas a su vez por destacamentos pertenecientes a más de veinte cuerpos distintos. Dicho regimiento se había portado bien, en particular, durante las operaciones del Bierzo, en agosto del año anterior; pero sus cuadros de mando eran de baja calidad, como solía suceder siempre en todas las unidades de marcha. Por otra parte, su jefe, el Coronel Berthet, había sido herido mortalmente en aquella ocasión, y desde entonces en el seno del cuerpo de oficiales reinaba el desconcierto. El jefe de batallón Fourtine ejercía el mando interinamente, y se encontraba en la plaza con los dos batallones. En

(2) ARTECHE (T. XI, pág. 359).—BELMAS (T. IV, págs. 263 y 272).—BURGOYNE (T. I, pág. 155).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 350).—JONES (pág. 106).—OMAN (T. V, pág. 164).

cuanto al 113.º de línea, compuesto de toscanos y parmesanos, no estaba hecho para el género de guerra que se desarrollaba al sur de los Pirineos; baste recordar que había sufrido ya varios reveses deshonrosos y que en él la desertión se había hecho endémica. Este mal no podía menos de agravarse con ocasión del sitio. El destacamento de tal unidad presente en Ciudad Rodrigo tenía a su cabeza el jefe de batallón Téras.

La guarnición se hallaba completada por un contingente de artillería de dos compañías, bajo las órdenes del Comandante Husson, mientras que el Capitán Cathals dirigía los servicios de ingenieros, con sólo veinticinco zapadores. En 1.º de enero de 1812, el General Barrié disponía, en total, de 67 oficiales y 1.760 individuos de tropa. Conviene aún deducir de este efectivo por lo menos doscientos enfermos inútiles para el servicio; quedándole, por tanto, al gobernador unos 1.600 combatientes (3), aproximadamente la tercera parte de los que hubiera necesitado para asegurar la defensa de la fortaleza y de sus obras exteriores (4).

El material de artillería era, por el contrario, sobreabundante, puesto que el parque de sitio del ejército francés de Portugal no había sido retirado aún de Ciudad Rodrigo; encontrándose allí, de consiguiente, 250 bocas de fuego de grueso calibre, y reservas considerables de pólvora, de proyectiles de todas clases y de cartuchos de infantería. Los defensores disponían así de municiones en número casi inagotable y no tenían por qué escatimarlas; si bien aquel copioso parque estaba destinado a caer en poder de los ingleses, y Marmont no conseguiría reconstituirlo. En cambio, los almacenes de víveres no alcanzaban para un mes de consumo, y la carne faltaba casi por completo.

En definitiva, hay que reconocer, pues, que los medios de que disponía el gobernador eran insuficientes desde el punto de vista de los efectivos; lo que no podía contribuir a elevar su moral y la de sus soldados.

* * *

Cuando el 1.º de enero de 1812, Wellington dio las órdenes para los movimientos preparatorios del cerco de Ciudad Rodrigo, sus unidades ocupaban las posiciones siguientes: la 1.ª y 5.ª Divisiones, en Guarda y Celorico; la 6.ª, en Mangualde; la 7.ª, en Penamacor; la 4.ª, en Aldea del Obispo, La Alameda, Villar de Ciervo y los alrededores de Almeida, donde se encontraba también la brigada portuguesa Pack; la 3.ª, en Aldeia da Ponte y Navafrías, y, finalmente, la División ligera, en Pastores, Zamarra y Martiago.

(3) Parte de Barrié, estado de situación en 1.º de enero de 1812 (AHG. Cº 88). NAPIER (T. VIII, pág. 96).

(4) BELMAS (T. IV, pág. 263).—BRIALMONT (T. I, pág. 444).—Con ocasión del sitio de 1810, la guarnición española, mandada por D. Andrés Pérez de Herrasti, ascendía a 5.498 hombres. (Vid. TORENO: *Historia del levantamiento...*, Librería europea de Baudry, París, 1838, T. 2, pág. 148.)

Conforme a las órdenes recibidas del 2 al 3 de enero, las cuatro divisiones destinadas a participar en las operaciones de sitio, se pusieron en movimiento, y del 4 al 5 ocuparon las posiciones provisionales que les habían sido asignadas. La división Graham (1.^a), franqueando el Coa, llegó hasta Espeja y Gallegos; la 4.ª, se aproximó al Aguada por el Norte, frente a Saelices el Chico, aldea de la orilla derecha, donde se instaló una vanguardia. La división Picton (3.^a) y la del General Craufurd (ligera) efectuaron una curiosa «contradanza»; mientras que ésta repasaba de la orilla derecha a la izquierda del río y se establecía sobre la línea de alturas jalonada por Pastores, La Encina y el Bodón, aquella atravesaba el vado de Robleda para dirigirse a Martiago y Zamarra. Los portugueses de Pack quedaron, por su parte, divididos: el 4.º de Caçadores fue agregado a la 1.^a División, y el resto de la brigada fue puesto a disposición de Craufurd (5).

Así, la infantería se hallaba en posición para efectuar, el día 6, el cerco conforme a lo previsto por el general en jefe británico. Pero el transporte del material de ingenieros desde Almeida hasta el Aguada experimentó algún retardo. Desde el primer día del año había caído sobre esta parte de la Península, lo mismo que en el resto de la meseta central, una espesa nevada. El temporal persistió hasta el día 3; pero a partir de entonces cambió la dirección del viento, la nieve se fundió y, de consiguiente, los caminos se transformaron en lodazales que hacían muy lento el avance de las carretas y recuas de mulas pesadamente cargadas, necesitándose, por tanto, dos jornadas para recorrer los 16 kilómetros que separan Almeida de Gallegos. Wellington tuvo así ocasión de irritarse contra la inercia de los carreteros y acemileros indígenas; pero la intemperie y el estado de los caminos justificaban en parte ese retraso. De todos modos, nada se podía hacer para remediarlo, y la prosecución de las operaciones hubo de ser aplazada hasta el día 8 (6).

Algunos historiadores afirman que el puente de caballetes preparado por el Mayor Sturgeon no fue tendido hasta los primeros días de enero aguas abajo de Ciudad Rodrigo y a la altura de Marialba; pero Thiébault daba cuenta de la construcción de esta obra en una carta del 1.º de enero, y Barrié se refería ya a ella en diciembre del año anterior. Por su parte, el Capitán Burgoyne, ingeniero de la 3.^a División británica —agregado durante el sitio al Teniente Coronel Fletcher, comandante de ingenieros del ejército, y, por tanto, bien al corriente de la cuestión— escribía el 30 de diciembre que el puente acababa de ser instalado sobre el Aguada (7).

(5) FORTESCUE (T. VIII, pág. 349).—OMAN (T. V, pág. 163).—SOUTHEY (T. V, pág. 414).—VERNER (T. II, pág. 328).—*Despachos de Wellington* (T. V, pág. 450; Instrucciones del 1.º de enero).

(6) BURGOYNE (T. I, pág. 153).—*Despachos de Wellington* (a Wellesley, del 3 enero; a Graham, del 6; al Conde de Liverpool, del 7).

(7) BURGOYNE (T. I, pág. 152).—RAGUSA (T. IV, pág. 278; carta de Thiébault a Dorsenne, en 1.º de enero).—BELMAS (T. IV, pág. 291; parte de Barrié, del 8 de agosto de 1812).

El 5 de enero fue despachada desde el cuartel general de Freneda [Freineda] una orden de marcha para las tropas que todavía no se habían movido de sus acantonamientos. En el curso de las jornadas siguientes, la 5.^a y la 6.^a Divisiones franqueaban el Coa para tomar posición en segunda línea, en los poblados de la frontera y alrededor de Almeida; la brigada de infantería portuguesa Bradford se establecía en Barba de Puerco; mientras que la 7.^a División se trasladaba, primero, de Penamacor a Fuenteguinaldo, y, después, a El Payo. La caballería, integrada por las brigadas V. Alten, Anson y Slade, se aproximaba y acampaba entre Ituero y Fuenteguinaldo. Este nuevo dispositivo quedó ultimado entre el 9 y el 13. Algunos días más tarde, el 17, los 3.^o y 4.^o regimientos de dragones pesados, constituyendo la brigada Le Marchant, desembarcada en Lisboa durante el otoño anterior, se incorporaban al ejército y se instalaban en Aldeia da Ponte (8).

Aunque todos los informes recibidos le hubieran confirmado el alejamiento del ejército francés de Portugal en dirección de Toledo, Wellington estaba persuadido de que el Duque de Ragusa no cometería la falta de adentrarse a fondo en la Mancha, en cuanto tuviese conocimiento del peligro que corría Ciudad Rodrigo, y que se apresuraría entonces a volver sobre sus pasos. Suponiendo que para atender a lo más urgente y hacer una diversión tan pronta como posible, el Mariscal podría descender por el valle del Tajo, franquear el Alagón y caer sobre la línea de comunicaciones de los aliados por Vila Velha, el Lord prescribió el 9 de enero al General Hill que se trasladara sin pérdida de tiempo de Mérida a la frontera de Portugal, escalonando después sus tropas desde Portalegre a Nisa y Castelo Branco. En este último punto debían acantonarse, por lo menos, dos brigadas de infantería. Desplegado de tal forma el cuerpo de Hill podía ser convocado a la línea del Agueda para reforzar al grueso del ejército, en caso de necesidad.

Esta orden, del 9 de enero, llegó a Mérida el 12, y, seguidamente, se retiró Hill en dirección de la frontera portuguesa, marchando con la cabeza de su columna. El 17 llegaba a Portalegre, y el 20, a Nisa, donde se enteró del éxito alcanzado por su jefe el día anterior (9).

* * *

El 6 de enero cambió de nuevo el tiempo, y un frío vivo y seco persistió durante todo el sitio. Constituía una circunstancia favorable para los trabajos de los sitiadores, pues el suelo sólo estaba superficialmente endurecido por las heladas, y a partir de algunos centímetros la tierra permanecía blanda y fácil de cavar. Este día, Wellington, acompañado de su Estado Mayor, efectuaba un reconocimien-

(8) BRAGGE (*Peninsular Portrait*, Londres, 1903, pág. 28).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 350).—LONDONDERRY (T. II, pág. 362).—WHEELER (pág. 73).

(9) NAPIER (T. VIII, pág. 85).—*Despachos de Wellington* (a Hill y a Lord Liverpool, del 9 de enero).

to de la fortaleza a muy corta distancia de ella, sin ser inquietado por la guarnición. Pero dejó sus cuatro divisiones destinadas al sitio, al abrigo de las aldeas donde estaban acantonadas desde el 5.

Mientras tanto, el parque de ingenieros se concentraba en Gallegos, de donde, al amanecer del 8, partió un primer convoy destinado a los alrededores de Ciudad Rodrigo, desfilando sobre el puente de Marialba. Esta misma mañana también, la División ligera levantaba sus campos de Pastores, La Encina y El Bodón, descendiendo por la orilla del Agueda y atravesando este río hacia el mediodía por el vado de Cantarinas, cerca del convento de La Caridad. La travesía se efectuó en buenas condiciones, pues el agua sólo llegaba hasta las rodillas de los hombres.

Craufurd ocupó con sus tropas las posiciones previstas, en la siguiente forma: el 3.º de Caçadores sobre la carretera de Salamanca, fuera del alcance de los fuegos de la plaza; otro batallón delante de Pedrotoro, sobre el camino de Tamames, y el resto de la División ligera sobre las alturas al norte de Ciudad Rodrigo, en la dirección de Saelices. A partir de esta posición debían comenzar los trabajos de sitio. Detrás de ella, a unos 1.800 metros de la plaza y al abrigo de las vistas de esta última, se fueron aparcando, a la caída de la tarde y a medida que desembocaban del puente, los doscientos sesenta y nueve carruajes que transportaban los útiles de zapador, los cestones, fajinas, sacos terreros y otras provisiones. La fracción de la brigada Pack agregada a la División ligera, se apostó en el convento de La Caridad, de donde no debía moverse hasta la terminación del sitio.

Por su parte, la 3.ª División (Picton) adelantó algunos batallones desde Martiago a Serradilla del Arroyo, a la extrema derecha del dispositivo británico; mientras, los españoles de D. Carlos de España y de D. Julián Sánchez se escalonaban a lo largo del Yeltes para cubrir las operaciones de sus aliados.

Por la tarde del 8, los defensores de Ciudad Rodrigo vieron aparecer el enemigo del lado de La Caridad y contornear los alrededores de la plaza por el Este y el Norte. Muchos de ellos, al principio, creyeron que se trataba de un simple reconocimiento, pues no esperaban que los ingleses se decidieran a inaugurar la campaña en aquella estación y con un tiempo tan riguroso. Entre el suboficial que mandaba los diez infantes y cinco artilleros de guardia en la luneta Reynaud y los oficiales de la División ligera, se entabló un diálogo que acabó por convencer a los franceses de que la plaza estaba cercada y que el ataque de la misma no tardaría en comenzar. Únicamente después de que los británicos se mostraron en las inmediaciones de la obra que defendía la dominante posición del Teso Grande, se ocupó el gobernador de reforzar su guarnición ridículamente débil, enviando a ella cincuenta infantes, algunos artilleros y municiones (10).

(10) BELMAS (T. IV, pág. 292; parte de Barrié).—BRETT-JAMES (pág. 242).—BURGOYNE (T. I, pág. 154).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 350).—NAPIER (T. VIII, pág. 81).—OMAN (T. V, pág. 164).—VERNER (T. II, pág. 330).

El plan de Wellington, concebido después del reconocimiento del 6, consistía en abordar la plaza por el Norte, pues, de este lado —como ya se ha dicho— el suelo se prestaba mejor a los trabajos de zapa, y, sobre todo, la altitud de los Tesos era tal que permitía batir inmediatamente la muralla sin verse obligado a adelantar con la trinchera hasta la cresta del glacis para establecer en ella las baterías de brecha. Siguiendo el ejemplo de Ney en 1810 y aprovechando el trazado de los aproches del ejército imperial, el general inglés quería establecer previamente en la más elevada de ambas alturas su primera paralela, así como las baterías destinadas a apagar los fuegos del cuerpo de plaza y los del convento de San Francisco; en seguida y bajo la protección de esas baterías se alcanzaría a la zapa el Teso Chico, donde se instalarían las baterías de brecha dirigidas contra el recinto y la falsa-braga del saliente norte, mientras que otra batería abriría una segunda brecha lateral con el fin de tomar de revés los atrincheramientos que los sitiados no dejarían de abrir a retaguardia de la brecha principal.

Como el tiempo era muy riguroso, faltaba material de campamento, se carecía de madera y de cobertizos en torno de la fortaleza y resultaba difícil el transporte regular de víveres para grandes efectivos sobre la orilla derecha, el Lord había decidido que una sola división aseguraría por turno los trabajos de sitio: la Ligeras, 1.^a, 4.^a y 3.^a, se encargarían de ello, por el orden que se indica. Cada día, a las once de la mañana, una de ellas, provista de víveres para la jornada, acudiría desde sus acantonamientos vadeando el río por La Caridad, aguas arriba, o por Los Carboneros, aguas abajo, y relevaría a la precedente. El paso a través de las aguas heladas del Agueda constituía una prueba muy penosa para los hombres que se dirigían a las trincheras y cuyas vestiduras húmedas se convertirían en seguida en un bloque de hielo que tenían que soportar durante las veinticuatro horas que permanecían en primera línea. Únicamente la 3.^a División, cuyos acantonamientos se encontraban en la orilla derecha, hacia el Sur, se hallaba exenta de tales sufrimientos (11).

Para la realización de su proyecto, el general en jefe aliado debía asegurarse lo más pronto posible la ocupación del Teso Grande. En 1810, el Mariscal Ney no había encontrado ninguna dificultad para ello; pero basándose en las lecciones de su propia experiencia, los franceses habían construido sobre aquel punto la luneta Reynaud, de que ya hemos hablado. Los sitiadores necesitaban, por tanto, apoderarse ante todo de esta obra. Estimando que un ataque regular le haría perder por lo menos cinco días, Wellington se decidió a intentar acto seguido un golpe de mano. Para evitar los fuegos convergen-

(11) BELMAS (T. IV, pág. 265).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 352).—JONES (página 109).—LONDONDERRY (T. II, pág. 356).—NAPIER (T. VIII, pág. 80).—OMAN (T. V, pág. 166).—Despachos de Wellington (T. V, pág. 450; Instrucciones a los generales comandantes de las divisiones empleadas en el sitio de Ciudad Rodrigo, del 1.º de enero de 1812).

tes de la parte norte del recinto y del convento de San Francisco, resultaba preferible un ataque nocturno, pues los franceses no se decidirían a abrir fuego por temor de alcanzar a sus camaradas del Teso Grande.

La División ligera, cuyo grueso había permanecido inmóvil durante toda la tarde al norte de la posición, quedó encargada de efectuar el asalto, cuya dirección fue confiada al Teniente Coronel Colborne, del 52.º regimiento, para lo cual disponía de ocho compañías: dos del 43.º, cuatro del 52.º y dos del 95.º, así como de un pequeño destacamento del 1.º de Caçadores. Los portugueses de este batallón estaban destinados exclusivamente aquella noche a los trabajos de excavación; pero a solicitud de su coronel, el General Craufurd les autorizó a proporcionar para el asalto un oficial y doce hombres. El 3.º de Caçadores estaba destacado por su parte, en la carretera de Salamanca, y, de este modo, no intervino para nada en la acción.

No habiendo previsto que las escalas podrían utilizarse tan pronto, los ingenieros no las habían traído todavía de Gallegos, y hubo que fabricarlas a toda prisa utilizando las barandillas de las carretas españolas.

El 8 de enero, a las nueve de la noche, los asaltantes, en número de 600, se pusieron en marcha en plena oscuridad. Cuatro compañías (dos del 52.º y dos del 95.º) se dirigieron lateralmente sobre la cresta del glacis, con el fin de abrir fuego sobre los defensores de la luneta Reynaud, a lo largo de los parapetos de ambas caras del ángulo saliente; otras tres (dos del 43º y una del 52.º), a las órdenes del mismo Colborne y precedidas por un destacamento provisto de fajinas, escalas, palancas y hachas, dirigido a su vez por el Teniente Thompson del Cuerpo de Ingenieros, estaban encargados del asalto de frente, y, finalmente, el Mayor Gibbs, con una compañía del 52º, debía rodear la obra y tomarla por la gola.

La maniobra se efectuó con toda precisión. Los defensores no se enteraron de nada, hasta el momento en que Colborne, llegado silenciosamente a cincuenta metros de la luneta, ordenaba a sus hombres que forzaran el paso. Entonces fue dada la alerta, pero ya era demasiado tarde, y los artilleros no tuvieron tiempo de disparar más que una sola vez. Ya los dos destacamentos ingleses habían alcanzado el borde del foso y abrían un fuego graneado de fusilería sobre las troneras, que los franceses abandonaban para ponerse al abrigo de los parapetos, contentándose con lanzar granadas de mano a diestro y siniestro... El Teniente Thompson había saltado al foso, y aperciéndose de que entre la contraescarpa y la empalizada sólo existía un intervalo de menos de un metro, para superar el obstáculo se limitó a rellenarlo con fajinas, estableciendo así una especie de puente sobre el que los hombres de Colborne pasaron sin dificultad, para escalar la escarpa. Como ésta no estaba revestida, los ingleses pudieron trepar por ella fácilmente, y coronando el atrincheramiento, no tardaron en penetrar en el recinto.

Al mismo tiempo, los hombres del Mayor Gibbs desembocaban por detrás de la obra, encontrando el paso libre, ya porque los defensores hubieran abierto la puerta para escaparse hacia la plaza, o porque alguna granada disparada desde esta última la hubiese destrozado. Viéndose así rodeados, los franceses se rindieron. La acción había durado apenas diez minutos, debido a la sorpresa de la guarnición y a la mala organización de la defensa. Dos capitanes (uno del 34.º ligero y otro de artillería), junto con cuarenta y ocho individuos de tropa, quedaron prisioneros. Seis de los defensores resultaron muertos y sólo cuatro consiguieron escapar y refugiarse en la ciudad. Los asaltantes, por su parte, tuvieron seis muertos y diecinueve heridos, entre ellos tres oficiales, la mayoría de los cuales fueron alcanzados por proyectiles arrojados en el foso.

Sin perder tiempo, Colborne lanzó su tropa hacia delante y tomó posiciones a lo largo del arroyo, al pie del glacis de la plaza, en el valle entre el Teso Chico y la eminencia que corona Ciudad Rodrigo. Allí estaba al abrigo de la mayor parte de los fuegos imperiales y aseguraba la protección de los trabajadores que vendrían a instalarse en el Teso Grande para comenzar los trabajos de sitio.

Tales trabajadores se hallaban dirigidos por los Capitanes de Ingenieros Burgoyne (a la correspondencia del cual nos referimos a menudo) y Ross, que debían relevarse cada día. Trescientos hombres se pusieron al trabajo para establecer un abrigo sobre la altura a la derecha del reducto que acababa de ser tomado por asalto, y sobre el reborde oeste de la cima. Removiendo la tierra blanda de las trincheras francesas del sitio de 1810, abrieron una primera paralela sobre una longitud de 150 metros. Trabajaban con tal entusiasmo que al salir el sol habían alcanzado una profundidad de cerca de un metro, con una anchura un poco superior. Otros 700 trabajadores habían excavado una zanja de comunicación de 300 metros, partiendo de la extremidad occidental de la paralela, atravesando la cima del Teso Grande y conduciendo por la contrapendiente hasta el parque de ingenieros, situado a retaguardia.

Esta tarea fue llevada a cabo en las mejores condiciones, debido al inconcebible error del comandante de la fortaleza, que se figuraba que los asaltantes tratarían de instalarse en la luneta que acababan de tomar. En cuanto se hizo el silencio sobre el Teso Grande, demostrando que la resistencia había cesado, los franceses abrieron un fuego violento con toda la artillería del recinto y del convento de San Francisco, pero sus tiros se concentraron durante toda la noche sobre la luneta Reynaud, siendo así que Craufurd había procurado no dejar allí ninguna gente.

Al amanecer, los oficiales apostados en el campanario de la catedral se dieron cuenta de la apertura de la paralela y los artilleros de la guarnición tomaron esta última por blanco, pero ya había pasado la ocasión oportuna, porque los 400 trabajadores aliados que perfeccionaban la obra se encontraban prácticamente a cubierto. Las pérdi-

das de la División ligera a las once de la mañana del 9 ascendían a una treintena de hombres, total evidentemente débil en relación con los progresos conseguidos, puesto que los asentamientos de las tres primeras baterías estaban ya esbozados. Como en este día, la paralela se convirtió en el único blanco, los ingleses pudieron dedicarse a la luneta para establecerse en ella y derribar una parte de los parapetos y empalizadas, con el fin de retirar primero las bocas de fuego francesas, y abrir seguidamente una comunicación fácil con el campo británico.

Persuadido de que el sitio había decididamente comenzado, el General Barrié exhortó a los habitantes deseosos de abandonar la plaza a que salieran sin demora, pues a partir de entonces toda comunicación con el exterior quedaría prohibida. Por su parte, Wellington calculaba que las baterías estarían en condiciones de albergar las piezas el 11 por la noche, o el 12 por la mañana; apremió, pues, al Mayor Dickson a que activara el transporte de la artillería de sitio, cuyo primer convoy, arrastrado por bueyes, llegaba a la orilla derecha del Águeda, el mismo día 9 de enero, a mediodía (12).

* * *

A las once de la mañana del 9, llegaba la 1.^a División inglesa que había atravesado el río por el vado de La Caridad y venía a hacerse cargo del servicio en lugar de la División ligera. Ésta regresó, por su parte, a sus acantonamientos de la orilla izquierda, donde iba a disponer de tres días de descanso para recuperarse de sus fatigas, antes de volver a las trincheras. Como así continuaría sucediendo durante el curso del sitio, cada una de las jornadas que iremos reseñando sucesivamente se contarán desde las once de la mañana de un día, hasta la misma hora del siguiente.

Por la tarde, los trabajadores angloportugueses se afanaban en abrir y ensanchar la comunicación con la paralela, mientras ésta quedaba prácticamente inocuada, a causa de los proyectiles franceses que continuaban lloviendo sobre el Teso Grande. Wellington estableció puntos de vigilancia en todo el contorno de la plaza, con objeto de aislar por completo a los sitiados, y así los dos emisarios enviados aquella noche por el Gobernador para anunciar al General Thiébault que el sitio había comenzado y que la luneta Reynaud estaba en poder del enemigo, fueron detenidos.

Al amparo de la oscuridad, doscientos hombres reanudaron la excavación de la trinchera, cubiertos por una guardia de 500 bayonetas. No solamente prolongaron la paralela hacia el Este, sino que ini-

(12) BELMAS (T. IV, págs. 266 y 294).—BURGOYNE (T. I, pág. 155).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 352).—JONES (pág. 112).—LONDONDERRY (T. II, pág. 357).—NAPIER (T. VIII, pág. 82).—OMAN (T. V, pág. 167).—VERNER (T. II, pág. 331).—WELLER (pág. 194).—Despachos de Wellington (T. V, pág. 462; a Dickson, en 9 de enero).—Colborne a Craufurd, del 9.—Craufurd a Wellington, del 11.

ciaron las contrabaterías 1, 2 y 3, destinadas a apagar los fuegos del recinto de la plaza. Dada la violencia de estos últimos y el calibre de las bocas de fuego instaladas sobre la muralla y la falsa-braga, el parapeto de las baterías debía tener cerca de seis metros de espesor en la cima; la tierra indispensable para ello era extraída de un foso que se excavaba sobre el frente de las obras en construcción por trabajadores protegidos por una barrera de cestones, y también desde el interior, donde se ahondaba aproximadamente hasta un metro la explanada que había de recibir las plataformas. Estas baterías se hallaban trazadas a unos treinta metros delante de la paralela y, por lo tanto, a menos de 600 metros del recinto de la plaza; unas zanjas profundas las enlazaban con la trinchera.

Once piezas debían guarnecer cada una de estas obras, y a la izquierda de la primera, se elevaba un parapeto que había de proteger dos bocas de fuego encargadas de batir el convento de San Francisco. Precisamente un proyectil disparado desde allí mataba aquella noche al Capitán Ross. En el curso de la mañana siguiente, el Teniente Coronel Fletcher, al efectuar una inspección, se dio cuenta de que los fuegos de las cinco piezas de la derecha de la batería número 1 quedaban interceptados por la luneta Reynaud, y así se dispuso su traslado a la izquierda de la batería número 2.

Por su parte, la guarnición no dejaba de disparar sobre los puntos donde se atareaban los británicos, que lograban descubrir mediante fuegos de artificio que iluminaban el terreno. Al mismo tiempo, de los conventos de San Francisco y de Santa Cruz salían pequeños destacamentos a reconocer a los sitiadores. Finalmente, desde que alboreaba el día, una treintena de fusiles de parapeto repartidos sobre el frente amenazado disparaban sobre todos los que se descubrían en los trabajos del Teso Grande, mientras que los morteros lanzaban bombas sobre los emplazamientos de las baterías, donde se había acumulado gran cantidad de sacos terreros (13).

El 10, a la hora habitual, la 4.^a División relevaba a la 1.^a. La noche siguiente permitió a los aliados proseguir los trabajos que habían iniciado para el acondicionamiento de las baterías y sus comunicaciones. En las dos extremidades de la primera paralela se formaron corchetes, con el fin de oponerse a la salida de los puestos imperiales desde los dos conventos que flanqueaban la posición. Tiradores escogidos se instalaron en pozos, en los alrededores de San Francisco, para hostilizar a los artilleros, pero a la mañana siguiente fueron descubiertos y tuvieron que retirarse en busca de protección. Los fuegos de la plaza se concentraban sobre las baterías ahora bien visibles y causaban grandes daños, tanto en las obras como en el

(13) BELMAS (T. IV, págs. 267 y 294).—BURGOYNE (T. I, págs. 156 y 161).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 353).—JONES (pág. 114).—NAPIER (T. VIII, pág. 83).—OMAN (T. V, pág. 169). Los diversos autores no están de acuerdo sobre el número de bocas de fuego que debían guarnecer las tres primeras baterías británicas. Nos atenemos, pues, a las cifras señaladas por BURGOYNE y JONES, que fueron ambos testigos activos del sitio.

personal, obligando a Wellington a interrumpir el trabajo durante el día. Para advertir a Thiébault del progreso del sitio, el General Barrié hizo partir en la noche del 10 un nuevo emisario, el cual, según ciertos historiadores, habría llegado a su destino, a costa de un gran rodeo, y desde su llegada, en la jornada del 13, el Gobernador de Salamanca habría dado cuenta a Marmont del peligro que corría Ciudad Rodrigo.

El 11 le correspondió a la División Picton el turno de asegurar el servicio de trinchera. El trabajo a desarrollar durante la noche siguiente era considerable: colocación de plataformas en las baterías; cubrir los almacenes para ponerlos al abrigo de los proyectiles; restauración de los parapetos deteriorados... Al mismo tiempo, desde la extrema derecha de la paralela, los zapadores ingleses —180 infantes de la 3.^a División sometidos a un entrenamiento especializado desde el verano anterior— construían una zapa volante con cestones rellenos de tierra, formando un ramal en zigzag dirigido hacia la ciudad. Pero el frío, que se hacía cada vez más vivo, molestaba a los trabajadores, de suerte que fue necesario relevar por dos veces en la noche a los hombres ocupados en las trincheras y en las obras. Una de las dos bocas de fuego establecidas por los franceses en la terraza del convento de San Francisco fue desmontada, siendo sustituida por un obús instalado en la huerta inmediata, con objeto de enfilar la batería número 1.

Craufurd y su División ligera entraron de servicio por segunda vez en el frente, al terminar la mañana del día 12. Los bloques de hielo arrastrados por las aguas del río hicieron la travesía del mismo todavía más penosa para la infantería. Los trabajos de sitio prosiguieron activamente, dándose la última mano a las baterías, donde, era necesario reparar las brechas ocasionadas por la artillería de la plaza, que no escatimaba ni la pólvora ni los proyectiles. De acuerdo con la opinión del Teniente Coronel Fletcher, comandante de ingenieros, y con objeto de ganar tiempo, Wellington decidió utilizar para abrir brecha en el recinto de la plaza las baterías existentes, inicialmente concebidas para apagar los fuegos de la defensa. Pero siempre precavido y metódico, no desistió de proyectar una segunda paralela y otra batería de brecha sobre el Teso Chico, las cuales no pensaba utilizar más que en el caso de que los ejércitos imperiales le estrecharan de cerca. En cuanto a la contraescarpa, no se malgastaría el tiempo en abatirla (14).

El General en jefe inglés no había dudado un momento de que, a la primera noticia del peligro que corría la guarnición de Ciudad Rodrigo, Marmont se apresuraría a volver sobre sus pasos. El 9 de enero se sabía en el cuartel general de Gallegos que el jefe del ejército francés de Portugal no había penetrado todavía en la Mancha a fines

(14) BELMAS (T. IV, págs. 268 y 295).—BURGOYNE (T. I, pág. 161).—JONES (página 115).—NAPIER (T. VIII, pág. 84).—OMAN (T. V, pág. 170).—VERNER (T. II, pág. 335).

de diciembre. El 13 se supo que las dos Divisiones imperiales que marchaban sobre Cuenca y San Clemente habían regresado a Toledo a principios de enero y que continuaban hacia Valladolid, a donde el Duque de Ragusa había llegado el 5. Una gran parte de estos informes resultaban inexactos, puesto que aquellas dos unidades seguían marchando sobre Alicante, y el Duque se encontraba el 4 todavía en Talavera; pero el reflujo parcial del citado ejército francés hacia Castilla la Vieja era bien cierto. Un ejemplar de la Orden de Berthier del 13 de diciembre estaba, desde luego, en poder de Wellington, puesto que sabía que los 6.º y 7.º gobiernos militares dependían ahora de Marmont.

En todo caso, las conclusiones que el general inglés deducía de tales nuevas eran justas, ya que suponía que el cerco y ataque de Ciudad Rodrigo serían conocidos en Salamanca el día 13, y que los franceses reunirían en seguida una fuerza suficiente para liberar aquella fortaleza, si bien no estarían en condiciones de operar con eficacia hasta fin de mes. La plaza debía ser tomada, pues, antes de esta fecha, y, en consecuencia, había que tomar las medidas necesarias para conseguirlo (15).

* * *

Efectivamente, a partir del 13 de enero, las operaciones efectuadas hasta entonces con vigor y diligencia, se aceleraron aún más, y los progresos del sitio se hicieron más espectaculares con el ataque de los puestos exteriores.

La ocupación por los imperiales del *Convento de Santa Cruz*, al noroeste de la fortaleza y al oeste del Teso Chico, estorbaba considerablemente los trabajos de los sitiadores; el fuego de fusilería procedente de aquel edificio venía a enfiar los últimos zigzags de la comunicación, así como la segunda paralela. Wellington dio, pues, la orden de asaltarlo al General Graham, cuya División (la 1.ª) había entrado en servicio en las trincheras, el día 13, al terminar la mañana.

Voluntarios alemanes de los 1.º, 2.º y 5.º de línea de la *King's German Legion* —unidades integrantes de la brigada Lowe— y una compañía del 5.º batallón del 60.º, unos trescientos hombres en total, bajo el mando del Capitán La Roche de Starkerfels, desembocaron de la primera paralela a las ocho de la noche, y progresaron hacia el convento sin que los defensores se apercibieran. El ruido de las palancas derribando las empalizadas en torno del edificio alertó al fin a los franceses, que abrieron fuego desde las murallas del cuerpo de plaza. En cambio, los cincuenta infantes que ocupaban el puesto, se dejaron sorprender y no hicieron más que una resistencia irrisoria, hasta el punto de haberse llegado a decir que se encontraban dormidos alrededor del fuego, cuando aparecieron los asaltantes. En todo

(15) Despachos de Wellington (T. V, págs. 463 y 468; a Lord Liverpool, 9 y 15 de enero).

caso, se escaparon por las ventanas abandonando sus armas y mochilas, y corrieron a refugiarse en los fosos de la ciudadela, sin experimentar pérdidas de importancia. No tuvieron los aliados la misma suerte, puesto que las historias inglesas registran unos cuarenta hombres fuera de combate.

Después de la toma del convento de Santa Cruz, los 800 trabajadores de servicio en la trinchera pusieron manos a la obra; continuaron primero, a la zapa volante, los aproches en dirección al espacio previsto para el establecimiento de la segunda paralela (aproches que se habían iniciado ya la antevíspera en la derecha de la primera), y dos prolongados zigzags permitían alcanzar la parte occidental del Teso Chico, donde comenzaba a extenderse hacia la izquierda el trazado de la nueva paralela. Alojamiento destinados a guarecer una guardia de las trincheras fueron edificados en la extrema derecha de las mismas.

Desde lo alto de los parapetos del cuerpo de plaza, los sitiados lanzaban artificios de iluminación, descubriendo de este modo los grupos de trabajadores aliados sobre los que disparaban continuamente, sin conseguir, no obstante, resultados que estuvieran en proporción con su derroche de municiones. Sin embargo, antes de que fuera de día, el general jefe británico, estimando que la tarea no estaba aún suficientemente avanzada para que sus hombres se encontraran al abrigo, los hacía retirarse a la primera paralela, en espera de que los trabajos pudieran reanudarse por la noche.

Pero el acontecimiento más notable de esta noche del 13 al 14 fue el armamento de las tres primeras baterías. El convoy de bocas de fuego procedente de Gallegos había llegado el día 13 atravesando el puente de Marialba. Se trataba de veinticinco piezas de 24 y dos de 16, cuya instalación se terminó en el curso de la jornada siguiente. Lord Wellington no dejaba de tener, desde luego, preocupaciones a este respecto, porque los medios de transporte de que disponía se revelaban insuficientes, ya que sólo un tercio de los carreteros del país habían respondido a la llamada, y, en consecuencia, buena parte de la provisión de proyectiles de a 24 se encontraba todavía en Vila da Ponte. Por el contrario, en lo referente a las tropas que no se hallaban directamente afectadas al sitio, el movimiento de avance se había realizado como estaba previsto, y el 13, la totalidad del ejército anglo-lusitano había quedado concentrado entre el Coa y el Águeda (16).

La mañana del 14 llegaba a su fin; la 4.^a División, mandada por el Mayor General Colville —en ausencia del Teniente General Cole, partido hacía poco con el fin de restablecer su salud en Inglaterra—, atravesaba el río por el vado de Los Carboneros, y su cabeza de columna empezaba a desfilar por la orilla derecha, cuando se produjo

(16) BEAMISH (T. II, pág. 32).—BELMAS (T. IV, págs. 269 y 296).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 84).—JONES (pág. 117).—LONDONDERRY (T. II, pág. 363).—NAPIER (T. VIII, pág. 84).—OMAN (T. V, pág. 172).—VERNER (T. II, pág. 336).—*Despachos de Wellington* (T. V, pág. 472; a Lord Liverpool, del 20 de enero).

un acontecimiento sorprendente, dada la prudencia del general en jefe inglés y las precauciones de que se rodeaba habitualmente.

Los trabajos de los sitiadores en el Teso Chico, a menos de 200 metros del recinto de la plaza inquietaban al Gobernador de Ciudad Rodrigo. A pesar de la escasez de su guarnición, necesitaba a toda costa hacer algo para retardar sus progresos. Ahora bien, los vigías instalados en el campanario de la catedral observaban perfectamente lo que ocurría sobre las vertientes meridionales de los Tesos y también sobre los llanos que los circundaban. Habían notado así que, a cada relevo de la guardia de las trincheras, los que debían ser reemplazados abandonaban su puesto en cuanto veían aparecer a lo lejos los destacamentos encargados de sustituirles. De este modo, los trabajos de sitio quedaban abandonados cada día hacia las once de la mañana. Aprovechándose de esta culpable negligencia, el General Barrié dispuso el 14, a dicha hora, la salida de 500 hombres.

Desembocando del costado noroeste de la falsa-braga, los soldados imperiales se encaminaron directamente al Convento de Santa y se apoderaron de él sin ninguna resistencia; se dirigieron en seguida sobre el esbozo de la segunda paralela y sobre la comunicación de esta última con la primera, donde el enemigo había trabajado durante la noche precedente. Mientras que algunos derribaban los cestones y cegaban las trincheras, otros trepaban por el Teso Grande con la idea de desbaratar la primera paralela y penetrar también en las baterías para clavar las bocas de fuego.

Sin embargo, los trabajadores ingleses pertenecientes a los regimientos 24.º y 42.º se agruparon en torno del oficial de ingenieros, y, emboscados detrás de los parapetos refrenaron con sus fuegos el ímpetu de los atacantes. Por su parte, el Teniente General Graham acudió con las tropas de su división que tenía más a mano, y en cabeza de las mismas, los alemanes de la K. G. L. (*King's German Legion*). En vista de ello, los franceses no insistieron más y retrocedieron hacia la ciudad. Sus pérdidas fueron moderadas. Uno de sus destacamentos se estableció de nuevo en el Convento de Santa Cruz y no lo evacuó hasta la noche siguiente, después de oscurecido.

De hecho, este golpe de mano no perturbó en modo alguno las operaciones de Wellington, puesto que la terminación de las baterías recibió un nuevo impulso; hacia las cuatro de la tarde, las veintisiete piezas abrían el fuego servidas por 430 artilleros, dos tercios de los cuales eran portugueses. Los dos cañones de 16 dispuestos a la izquierda de la batería número 1 tenían por objeto el Convento de San Francisco, mientras que las otras veinticinco bocas de fuego disparaban sobre el saliente norte del recinto de la plaza. En contra de todos los principios, el general en jefe aliado dedicaba la totalidad de su artillería para abrir brecha, descuidando apagar los fuegos de la defensa. Por lo demás, no había mandado traer de Almeida ningún mortero y tan solo dos obuses fueron destinados a impedir la reparación de las brechas por la guarnición.

El lugar preciso de la brecha efectuada por Ney en 1810 en la Torre del Rey fue elegido como blanco, y los artilleros angloportugueses se esforzaron en abatir simultáneamente la muralla y la falsa-brega situada a sus pies, con objeto de abrir dos brechas superpuestas en los dos pisos del recinto. Su tiro se reveló muy eficaz, a pesar de que la distancia excedía de 500 metros, y cuando hubo cesado el fuego, a la caída de la noche, se pudo comprobar que el revestimiento había volado en pedazos y que la mampostería se agrietaba. La artillería de la defensa no se mostró inactiva y las cincuenta bocas de fuego de grueso calibre dispuesta sobre la parte norte de las fortificaciones cubrían de balas rasas y de bombas la posición enemiga, sin ser contrabatida de ningún modo por los sitiadores, que no la prestaban la menor atención.

Los franceses que ocupaban el *Convento de San Francisco* importaban, sin embargo, a los ingleses. No solamente el obús asentado en la huerta enfilaba las baterías y ocasionaba en ellas destrozos y pérdidas humanas, sino que desde el propio edificio se dominaba con la vista la retaguardia de la segunda paralela que se estaba abriendo sobre el Teso Chico. Al finalizar la tarde del 14, los proyectiles lanzados por las dos piezas del 16 de la batería número 1, arruinaban una gran parte del convento, sin que, no obstante, sus defensores lo abandonaran. Aprovechándose de la oscuridad, el Teniente Coronel Harcourt, a la cabeza de 300 hombres del 40.º regimiento británico—unidad perteneciente a la 4.ª División— se encaminó en aquella dirección marchando en dos columnas, una de las cuales escaló el muro exterior de la obra y la otra se infiltró en el arrabal para atacarla de revés. Amenazada por todas partes, la guarnición evacuó el convento, abandonando clavadas sus dos bocas de fuego y algunos heridos. El Gobernador mandó entrar en el cuerpo de plaza a los 150 soldados, que defendían hasta entonces los dos conventos de San Francisco y de Santo Domingo, así como las trincheras del arrabal. No resulta extraño que Barrié estimase preferible concentrar sus escasas fuerzas, en lugar de comprometer una parte de ellas.

Los ingleses del 4.º, se instalaron en el convento y el arrabal, donde iban a permanecer hasta el final del sitio; en el curso de la noche establecieron una comunicación entre dicho punto y la batería número 1, mientras que por el Oeste un destacamento reocupaba el convento de Santa Cruz. Los trabajadores se afanaban de nuevo en la comunicación entre las dos paralelas y en la segunda de estas últimas colocaban de nuevo los cestones derribados, despejaban las trincheras desbaratadas, y, después, prolongaban en más de 200 metros la segunda paralela siguiendo la cresta del Teso Chico. Desde sus parapetos, los franceses lanzaban artificios de iluminación para localizar los grupos de zapadores enemigos, mientras que su artillería cubría de proyectiles la totalidad de las posiciones aliadas, ocasionando severas pérdidas entre los soldados de Wellington.

Cuando alboreaba el día siguiente, los artilleros angloportugueses

se pusieron de nuevo en acción, y la brecha «progresó de manera asombrosa». Durante toda la jornada del 15, los escombros se amontonaron en la base de la muralla, de tal manera que al finalizar la tarde se elevaban a una altura de más de quince pies. Los sitiadores se llenaron de alegría, porque sentían la esperanza de un desenlace próximo. En consecuencia, el general en jefe británico ordenó el establecimiento de una batería número 4, para siete piezas de 24, a la izquierda de la luneta Reynaud y por debajo del convento de San Francisco. Esta obra estaba destinada a la apertura de una segunda brecha en una torre del recinto, entre la Catedral y la Puerta del Conde, llamada todavía de Salamanca. La elección era sensata, porque en aquel sitio la muralla se encontraba en mal estado de conservación y podía ser vista hasta su base por encima de la falsa-braga. Además, la mencionada torre resultaba el único lugar donde la guarnición hubiera podido establecer la artillería destinada a flanquear la brecha principal (17).

* * *

En el curso de la mañana siguiente, la guarnición se esforzó en atender a los peligros que la amenazaban. Equipos de trabajadores dirigidos por el comandante de ingenieros despejaban el pie de la brecha y dispersaban los escombros sobre el suelo de la falsa-braga. La cara posterior de la muralla formaba una contraescarpa de cerca de seis metros de altura, lo que constituía un obstáculo suficiente. De cada lado de la brecha se practicaron cortaduras, con objeto de impedir a los asaltantes que se extendieran por las murallas, después de haber salvado los derrumbamientos. Los destacamentos que ocupaban la falsa-braga y patrullas volantes recorrían los fosos sin cesar.

En el campo de los sitiadores, donde la División Picton estaba de guardia, los zapadores prolongaban la segunda paralela, mientras que 700 peones reforzaban con sacos terreros el parapeto de la primera sección de aquella trinchera y los zigzags que enlazaban con la retaguardia; arreglaban la batería número 4 y sus comunicaciones, y, finalmente, reparaban los aproches del Teso Grande.

Al amanecer, las baterías inglesas reanudaban sus fuegos contra el saliente norte, mientras que sus tiradores escogidos instalados en el Teso Grande tomaban por blanco a los defensores que se asomaban a las troneras. Pero no tardó en extenderse una espesa niebla que obligó a los aliados a suspender sus fuegos de artillería y fusilería. Se aprovecharon de ella, no obstante, para prolongar la segunda paralela.

(17) ARTECHE (T. XI, pág. 364).—BEAMISH (T. II, pág. 33).—BELMAS (T. IV, págs. 270 y 296).—BURGOYNE (T. I, pág. 162).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 356).—JONES (pág. 118).—LONDONDERRY (T. II, pág. 364).—NAPIER (T. VIII, pág. 87).—OMAN (T. V, pág. 173).—SOUTHEY (T. V, pág. 418).—VERNER (T. II, pág. 336).—*Despachos de Wellington* (T. V, págs. 468 y 493; a Lord Liverpool, del 15, y al Duque de Richmond, del 29 de enero).

Al finalizar la tarde del 16, Wellington intimó al gobernador de Ciudad Rodrigo a rendirse. Barrié rechazó la intimación, respondiendo con mucha dignidad que sus hombres y él preferían enterrarse entre las ruínas a entregar la plaza cuya defensa les estaba confiada (18). A partir de las once de la mañana, a División Craufurd se había hecho cargo del servicio, por tercera vez desde el comienzo del sitio.

Durante la noche del 16 al 17, los ingleses completaron la paralela del Teso Chico e iniciaron a la izquierda de esta posición el asentamiento para la batería número 5. Destinada a recibir seis piezas de 24, estaba prevista en principio para abrir brecha. En la otra extremidad de la segunda paralela, los zapadores adelantaron con la zapa volante, abriendo un aproche en dirección de la plaza.

Los defensores no pudieron permitirse ya ni un momento de descanso, pues la hora del asalto se acercaba. La totalidad de sus efectivos pasó toda la noche sobre las armas; el fuego no cesaba contra las trincheras y baterías enemigas, y equipos de trabajadores fortificaban la brecha y despejaban la base de la misma.

Habiéndose disipado la niebla el 17 por la mañana, los sitiadores reanudaban su bombardeo, encarnizándose contra el saliente de la Torre del Rey cuya ruina crecía a ojos vista. Por su parte, los artilleros franceses actuaban cada vez con mayor eficacia, a despecho de la puntería de los carabineros enemigos apostados en pozos de tirador. En el aproche iniciado pocas horas antes, todos los cestones fueron derribados, y los zapadores que seguían trabajando experimentaron pérdidas severas; las baterías de brecha fueron alcanzadas en varias ocasiones; dos cureñas y una pieza de 24 quedaron inutilizadas, y el General Borthwick, comandante de la artillería británica, resultó herido.

El duelo entre las dos artillerías prosiguió hasta la noche, y con la oscuridad se inició para la guarnición una nueva vigilancia. Su tarea se hacía cada vez más penosa, pues los escombros se amontonaban y los ingleses concentraban sobre la brecha, no solamente la fusilería de los hombres que ocupaban la segunda paralela y de los tiradores selectos apostados a vanguardia de la misma, sino también los proyectiles de algunas piezas asentadas tras un parapeto de cestones apoyado en el convento de Santa Cruz. Esta batería improvisada no tardó en ser desbaratada y reducida al silencio por los disparos de los sitiados, que consiguieron destruir también la sección transversal de trinchera que los zapadores británicos intentaban adelantar hasta la plaza para sostener a sus tropas en el momento del asalto.

Los soldados de la División Graham continuaron sus trabajos en el curso de la noche del 17 al 18; en la batería número 5 se construyó un parapeto suficiente para abrigar al personal durante la jornada,

(18) THIERS (T. II, pág. 665), considera que esta respuesta «era meritoria, pues en el estado a que se hallaba reducido, las reglas de la defensa de plazas, interpretadas honorablemente, le hubieran permitido negociar».

y la artillería armaba la batería número 4, recién terminada. Sus siete piezas de 24 abrieron el fuego a las nueve de la mañana siguiente para batir la base de la vieja torre elegida por Wellington. La muralla se desquició rápidamente y antes de oscurecer se desplomaba «como un alud». Otra brecha quedó abierta por debajo, en la pequeña media luna de la falsa-braga. ¡Aquello constituía para la defensa el golpe de gracia!

Mientras tanto, la brecha principal se había hecho practicable en el centro, donde un plano inclinado formado por los escombros permitía alcanzar el terraplén. La situación del General Barrié se hacía desesperada y la totalidad de sus hombres en estado de tomar las armas pasaba sobre la muralla y la falsa-braga la tercera noche consecutiva sin dormir. No podía pensarse en despejar el pie de las brechas, dada la masa enorme de piedras y otros restos de la muralla que facilitaba su acceso. Los ingenieros se esforzaron, por el contrario, en practicar cortaduras para la defensa de la nueva brecha, aunque todo les inducía a prever que no tendrían tiempo de acabar tales obras.

Por su parte, los ingleses daban por terminados sus trabajos preparatorios, pues la falta de experiencia de sus zapadores y el bombardeo a que se hallaban sometidos impedían toda nueva progresión de los aproches por la derecha. No les quedaba más que esperar que sus artilleros hubieran mejorado la accesibilidad de las brechas. El único acontecimiento notable de la noche del 18 al 19 fue la entrada en acción de la batería número 5, guarnecida por un obús y un cañón de a 6, encargados especialmente de batir la gran brecha para ahuyentar de allí a los trabajadores franceses (19).

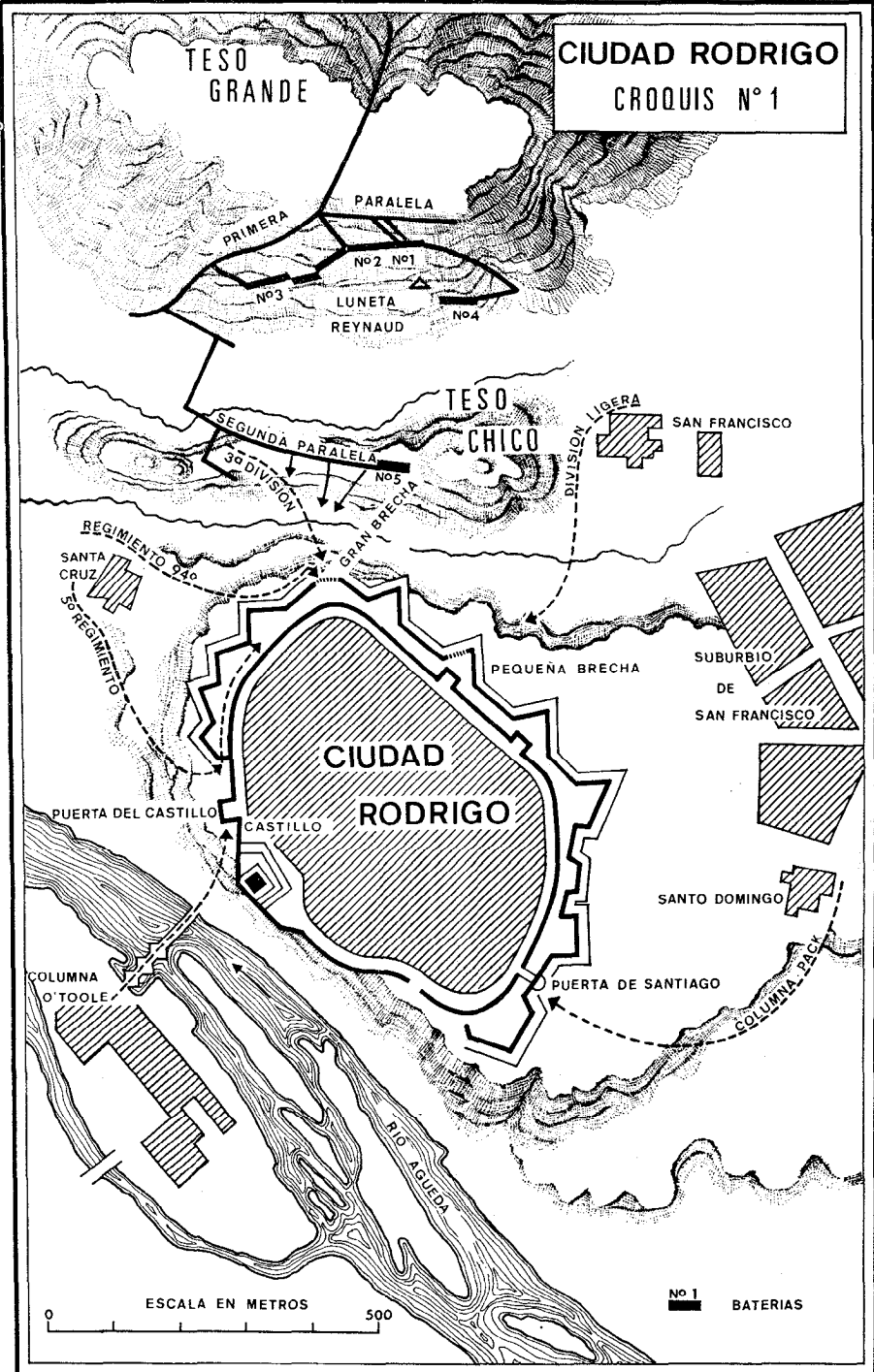
Y cuando se iniciaba el alba glacial del 19 de enero de 1812, tanto en el campo de los sitiadores como en el de los sitiados se generalizaba la opinión de que el sitio tocaba a su fin y que el desenlace del drama no ofrecía la menor duda.

2. EL ASALTO DEL 19 DE ENERO. (Croquis núm. 1).

El 18, al caer la tarde, el Mayor de Ingenieros Sturgeon, agregado al Estado Mayor General, había hecho un reconocimiento detallado de la fortaleza, del estado de sus defensas y del de las dos brechas, de las posibilidades de aproximación y de los puntos susceptibles de abrigar los cuerpos de tropas encargados de sostener o flanquear a las columnas de ataque. Al día siguiente, cuando amanecía, Lord Wellington comprobó por sí mismo, cuidadosamente, la exactitud del informe que había recibido, y, sin perder tiempo, decidió que el asalto se efectuaría aquella misma tarde, «aunque la trinchera

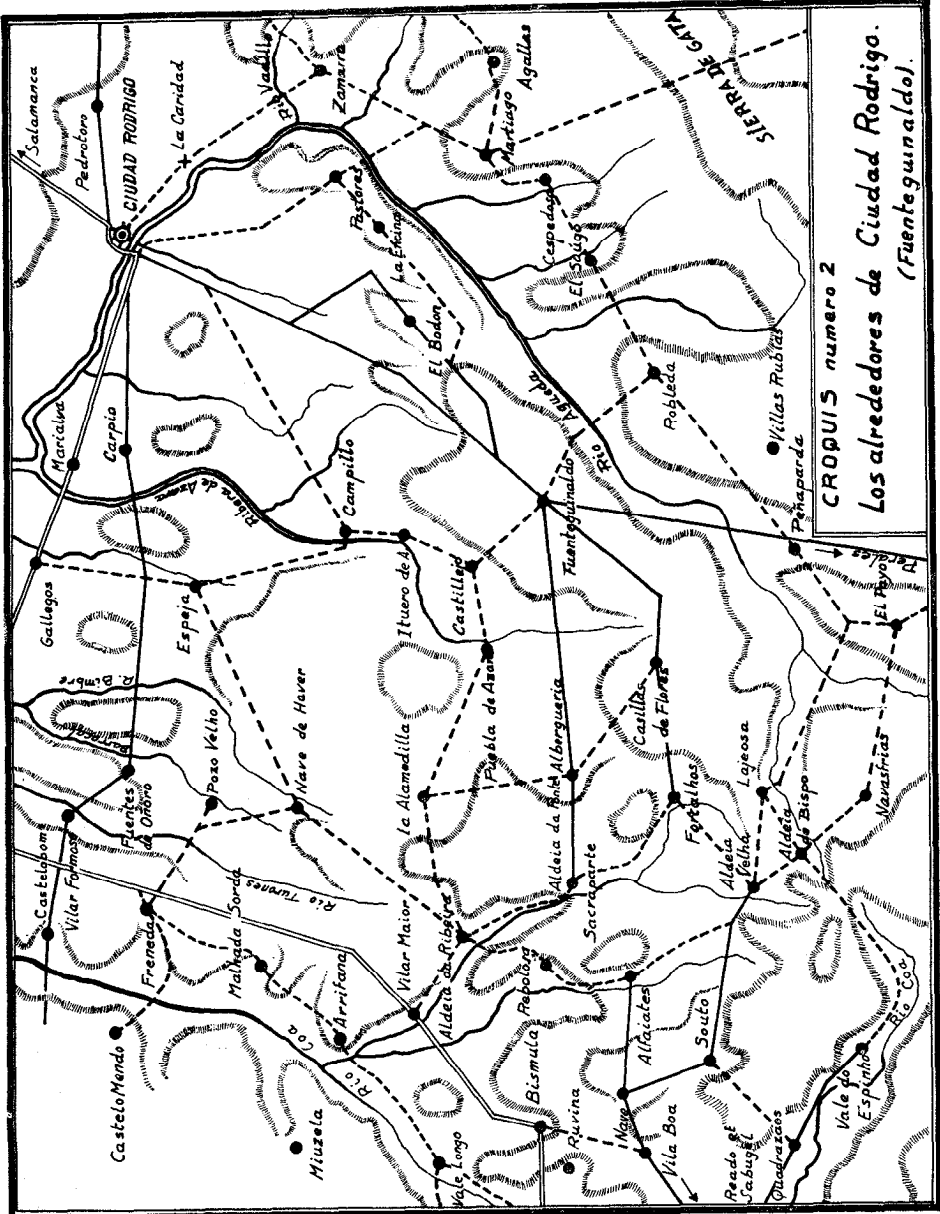
(19) BELMAS (T. IV, págs. 272 y 297).—BURGOYNE (T. I, pág. 163).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 357).—JONES (pág. 120).—NAPIER (T. VIII, pág. 87).—VERNER (T. II, pág. 337).

CIUDAD RODRIGO CROQUIS N° 1



0 ESCALA EN METROS 500

N° 1 BATERIAS



CROPUS numero 2

Los alrededores de Ciudad Rodrigo.
(Fuenteguinaldo).

no se hubiera extendido hasta la cresta del glacis y la contraescarpa del foso estuviese aún intacta».

Antes de dar la orden detallada precisando las condiciones en que la plaza sería asaltada, tomó algunas disposiciones preliminares. La primera se refería a las tropas que iban a tomar parte en la operación. La 3.^a División, mandada por el Mayor General Picton, formaría necesariamente parte de ellas, puesto que a partir de las once de la mañana del 19 le correspondía relevar a la 4.^a en el servicio de trincheras. Pero, como una sola división se revelaba insuficiente, los hombres del Mayor General Craufurd, que no hubieran debido normalmente entrar en línea hasta el día 20, fueron también convocados.

La segunda medida se relacionaba con la artillería. Después de haberse encarnizado sobre las brechas para completar la destrucción, algunas piezas cambiaron de objetivo para reducir al silencio a las bocas de fuego imperiales de la muralla norte, un pequeño número de las cuales fueron desmontadas, pero sin disminuir sensiblemente la eficacia de la artillería de la defensa.

Por la tarde, los soldados angloportugueses tomaron posición en la proximidad de sus objetivos inmediatos: la División ligera se concentró a retaguardia del Convento de San Francisco; la primera brigada de Picton, a las órdenes del Mayor General Mackinnon, guardaba las trincheras del Teso Grande, mientras que la segunda, escocesa, se mantenía a cubierto del Convento de Santa Cruz. Esta unidad tenía a su cabeza al Teniente Coronel James Campbell, del 94.^o regimiento, que sustituía provisionalmente al Mayor General Colville, jefe interino de la 4.^a División. La brigada portuguesa Power —agregada también a la División Picton— quedó de reserva sobre la vertiente opuesta del Teso Grande. Y, por último, hacia el Sur, los portugueses de Pack permanecían en la Caridad, dispuestos a intervenir (20).

A los generales y jefes que mandaban las tropas les fue entregada entonces la orden del día que el General en jefe del ejército había redactado en la misma trinchera y en la que precisaba para cada uno de ellos las «reglas para el asalto de Ciudad Rodrigo», cuya esencia es como sigue:

El ataque general se desencadenaría a las siete de la tarde, pero diez minutos antes se iniciarían varios ataques secundarios. El primero sería ejecutado por el Teniente Coronel O'Toole, con su batallón, el 2.^o de Caçadores portugueses, reforzado con la compañía ligera del 2.^o batallón del 83.^o regimiento. Partiendo de la orilla izquierda, este destacamento atravesaría el puente del Águeda y asaltaría la obra avanzada situada por bajo del castillo, a fin de aniquilar las dos piezas de la artillería imperial, cuyo fuego batía la entrada del foso, objetivo de la segunda columna.

(20) BURGOYNE (T. I, pág. 157).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 358).—JONES (página 122).—LONDONDERRY (T. II, pág. 368).—OMAN (T. V, pág. 177).—Carta de Wellington al Conde de Liverpool, del 20 de enero de 1812 (GURWOOD, pág. 589).

Esta, compuesta por el 2.º batallón del 5.º regimiento y mandada por el Mayor Ridge, saldría por la derecha del Convento de Santa Cruz y marcharía sobre el punto de unión de la muralla y la contraescarpa del foso, al norte de la puerta de Almeida; penetraría por allí; escalaría la falsa-braga, y la recorrería a su izquierda, desalojando de ella a los puestos franceses. El 77.º regimiento sostendría al 5.º, mientras que el 94.º desembocaría por la izquierda del citado convento para descender al foso al oeste de la gran brecha y se dirigiría entonces hacia ésta. El último batallón de la brigada escocesa, 2.º del 83.º, sería destacado hacia el centro, en la segunda paralela, a fin de disparar sobre los parapetos durante el ataque.

Sobre la brecha principal, la de la Torre del Rey se lanzaría la Brigada Mackinnon, procedente de la primera paralela y de sus comunicaciones con la segunda. En cabeza de esta columna marcharían los zapadores ingleses llevando sacos rellenos de brezo, destinados a facilitar el descenso a los fosos. A la izquierda de este ataque, tres compañías del 95.º, salidas del norte de San Francisco, penetrarían en el foso y se dirigirían lateralmente sobre la gran brecha para secundar a las tropas de Mackinnon.

Del ataque de la pequeña brecha se encargaría la Brigada Vandeleur de la División Craufurd. Esta columna, abandonando por la izquierda el abrigo del Convento de San Francisco, marcharía directamente hacia el foso; escalaría la brecha de la media luna de la falsa-braga y después la del cuerpo de plaza, destacando sobre su derecha cinco compañías para flanquear el ataque principal, y una vez sobre lo alto de la muralla, limpiaría de enemigos el camino cubierto, por ambos lados.

En el momento en que las dos columnas de asalto fueran lanzadas sobre el glacis, las reservas encargadas de sostenerlas tomarían posición: la brigada portuguesa de la 3.ª División sobre el Teso Grande, y la Brigada Barnard, de la División ligera, detrás de San Francisco. Por su parte, el Brigadier General Pack efectuaría con sus portugueses un falso ataque sobre las avanzadas de la puerta de Santiago y sobre las obras exteriores frente a La Caridad.

Los hombres provistos de hachas, sacos, y escalas, bien para descender al foso o para escalar los muros, no llevarían armas. Los destinados al ataque no deberían hacer fuego, pero cada columna destacaría tiradores para contestar a la fusilería de los defensores durante la operación (21).

Esta orden, tan precisa como circunstanciada, iba a ser puesta en ejecución con una puntualidad sorprendente...

* * *

Antes de referir las diversas peripecias del asalto, es necesario

(21) Orden del día de Wellington, 19 de enero de 1812 (BELMAS, II. IV, pág. 287), y *Despachos de Wellington* (T. V, pág. 470).

recordar el estado en que se encontraba la guarnición francesa, en el momento en que se disponía a soportar la última prueba.

Desde el punto de vista material, nada les faltaba a los defensores para hacer una fuerte resistencia, ya se tratara de armas, de artillería o de municiones, pero desde el punto de vista humano no ocurría lo mismo. Desde hacía más de tres meses, oficiales y soldados tenían la impresión de encontrarse abandonados, y el descorazonamiento cundía entre los más bravos y enérgicos. La escasez de efectivos se hacía sentir cada vez más desde el comienzo del sitio, a consecuencia de las pérdidas sufridas en la defensa de los puestos exteriores y sobre las fortificaciones del cuerpo de plaza y también a causa de las desercciones que se producían entre los italianos del 113.º. Sin llegar a tomar en consideración la cifra de 800 hombres sobre las armas en 19 de enero, adelantada por Thiébault en su parte del 22 de dicho mes (22), se puede admitir que de los 1.600 combatientes de que disponía Barrié al empezar el sitio, 300, por lo menos habían sido baja durante el curso del mismo.

Defender una plaza fuerte de dos kilómetros de contorno, ocupando dos recintos superpuestos, con dos brechas abiertas, constituía una tarea abrumadora para una fuerza tan exigua. Desde hacía cuatro días el Gobernador no podía conceder el menor reposo a sus soldados, que tenían que servir las numerosas piezas que guarnecían la muralla, sostener el fuego de fusilería contra las posiciones avanzadas de los sitiadores, despejar los escombros en la medida de lo posible, construir atrincheramientos destinados a cerrar las salidas de la brecha principal, etc... El agotamiento de los defensores, a causa de la fatiga y el insomnio se sumaba, como un nuevo factor negativo, a la escasez de su número y a su descorazonamiento.

Los trabajos realizados en la brecha del saliente norte eran de gran importancia, pues se había dispuesto de varios días para efectuarlos. Es cierto que la parte abierta de la muralla tenía por aquel sitio más de treinta metros de anchura y que se podía llegar hasta ella muy fácilmente desde el exterior por un talud en pendiente suave formado por la acumulación superpuesta de los restos del muro, por arriba, y de la falsa-braga, por abajo. Pero el asaltante, una vez llegado al terraplén, no estaba en condiciones de explotar su primer éxito, porque tropezaría entonces con el impedimento representado por la parte posterior de la muralla, que formaba una especie de contraescarpa de más de cinco metros de altura, al pie de la cual se habían amontonado obstáculos susceptibles de hacer dudar a los más osados: estacas aguzadas hundidas en tierra, caballos de frisa, revoltillos de maderos y de carretas volcadas, etc... Y más allá de este abismo, las casas aspilleras constituían verdaderos reductos, desde los cuales, los tiradores franceses podían fusilar a mansalva a los vencedores inmovilizados en lo alto de la brecha. Sobre los dos flancos de la misma, cortaduras de tres metros de ancho, por otros tantos

(22) AHG, Cº 366.

de profundidad, habían sido practicadas transversalmente, y detrás de cada una se elevaban parapetos guarnecidos por piezas de a 24, cargadas a metralla y apuntadas sobre la cima del talud.

Por el contrario, en la pequeña brecha no se había podido hacer nada por falta de tiempo, ya que el muro del recinto no se había derrumbado hasta el 18 por la noche, o sea, veinticuatro horas antes del asalto. Las cortaduras laterales apenas estaban esbozadas, y únicamente la estrechez de la abertura hacía su acceso difícil. Para añadir algunos embarazos a la progresión del asaltante, se había atravesado en el paso una pieza de artillería con su cureña y algunas carretas volcadas; pero se trataba obstáculos bien mezquinos.

En la tarde del 19, los vigías habían señalado grandes movimientos de tropas en el campo inglés, y el Gobernador se dio perfecta cuenta de que el momento del asalto se acercaba. De consiguiente, dirigió a sus hombres una enérgica y cálida alocución, apelando a su patriotismo y exhortándoles al cumplimiento del deber.

A continuación mandó tomar a sus tropas las posiciones previstas para el combate. Tres compañías fueron encargadas de la defensa de la gran brecha, para lo cual fueron provistas de granadas y bombas de mano que debían lanzar sobre los asaltantes, mientras que saquitos de pólvora, unidos por «salchichones» fueron dispuestos en la parte inferior del derrumbamiento. Una antigua poterna situada exactamente en el lugar en que la muralla había sido derruida quedó transformada en hornillo de mina, que se haría estallar cuando la brecha hubiera sido tomada y sus defensores se replegaran al interior de la ciudad. Una compañía de «voltigeurs» [soldados ligeros] defendía la pequeña brecha. Destacamentos muy reducidos se hallaban desplegados en la falsa-braga para retardar el asalto, mientras que los artilleros y algunos auxiliares, distribuidos sobre el contorno del cuerpo de plaza, tenían la misión de efectuar un fuego sostenido contra las posiciones de partida del enemigo y de oponerse a toda tentativa de escalamiento. A este efecto disponían de granadas y de bombas, así como de vigas que se habían colocado sobre el parapeto para lanzarlas sobre los que intentaran trepar por medio de escalas.

El propio Gobernador, con una reserva de sesenta hombres—fuerza irrisoria que denotaba bien la escasez de sus medios—, tomó posición entre las dos brechas, a fin de dirigirse sobre el punto más amenazado (23).

* * *

Aunque el sol se hubiera puesto ya hacía un rato, se distinguían los seres y las cosas, gracias al claro de luna que iluminaba esta noche glacial. Eran las siete menos diez cuando el Teniente Coronel

(23) ARTEFFE (T. XI, pág. 367).—BELMAS (T. IV, págs. 275 y 300).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 361).—JONES (pág. 133).—OMAN (T. V, pág. 176).—VERNER (T. II, pág. 345).

O'Toole, a la cabeza del 2.º de Caçadores, unidad portuguesa agregada a la División Picton, y de la compañía ligera del 83.º británico, atravesaba en silencio el puente de piedra sobre el Águeda, que los franceses no habían cortado por hallarse completamente dominado por los fuegos del cuerpo de plaza, remontando seguidamente el declive de la obra avanzada situada por debajo del castillo. Como no había en aquel sitio ningún foso, los hombres de O'Toole alcanzaron sin dificultad el pie de la muralla, apoyaban en ella sus escalas, subían al parapeto y se hacían dueños de la posición. La importancia de ésta residía en las dos bocas de fuego en ella asentadas, cerca de la puerta de Almeida (llamada también de la Colada), con objeto de batir la entrada del foso.

La operación terminó muy pronto; pues no parece que los defensores tuvieran allí ningún destacamento considerable. A partir de entonces no es fácil determinar lo que hizo seguidamente la columna O'Toole; pues los autores ingleses se callan o se contradicen sobre este punto. Según algunos, habría contorneado la falsa-braga para unirse con las tropas que asaltaban la brecha principal; según otros, habría descubierto una poterna que le permitió entrar en la ciudad por el lado del castillo (24).

Poco más o menos a la misma hora surgía por la derecha del convento de Santa Cruz el 2.º batallón del 5.º regimiento británico, dirigido por el Mayor Ridge, el cual avanzó sin llamar la atención de los franceses, muy ocupados en disparar sobre las trincheras y comunicaciones de los Tesos. Dicho batallón se aproximó, de este modo, a su primer objetivo: el punto de unión de la contraescarpa y la escarpa; y la puerta que por allí daba al foso fue abierta a hachazos. Los pocos defensores que estaban sobre la muralla por encima de aquel lugar se dieron cuenta entonces de la proximidad de los atacantes, sobre los cuales hicieron llover granadas de mano, artificios incendiarios y maderos. Pero ello no impidió que los soldados del 5.º regimiento se extendieran por el foso, y escalaran después la falsa-braga. Las dos piezas de artillería asentadas debajo del castillo para flanquear esta parte del recinto exterior y del foso no pudieron intervenir, porque habían sido reducidas al silencio por el ataque de O'Toole.

En menos de cinco minutos, la posición quedaba así en poder del Mayor Ridge, cuya columna comprendía, no solamente el 5.º, sino también una gran parte del 77.º, que había seguido el movimiento a causa de un error. Girando a su izquierda, la mencionada columna limpió de enemigos el terraplén de la falsa-braga, matando algunos artilleros sobre sus piezas, y llegó de esta suerte al pie del piso superior de la gran brecha, en el momento en que, por debajo de ella, el 94.º alcanzaba el piso inferior de la misma, abierto en la escarpa de la falsa-braga.

(24) BELMAS (T. IV, pág. 277).—BURGOYNE (T. I, pág. 157).—LONDONDERRY (T. II, pág. 373).—NAPIER (T. VIII, pág. 89).—OMAN (T. V, pág. 183).

El último regimiento citado, bajo el mando del Teniente Coronel Campbell, había partido de la izquierda del convento de Santa Cruz, habiendo alcanzado tan fácilmente como la primera columna de la misma brigada el foso, a mitad de distancia entre la puerta de Almeida y la Torre del Rey. Los escoceses descendieron allí con sus escalas o saltando; volvieron seguidamente sobre su izquierda y lo limpiaron de enemigos, derribando las empalizadas que la defensa había establecido. Su recorrido fue casi simétrico al del 5.º regimiento, que avanzaba por el piso superior, es decir, por la falsa-braga. Como únicamente las compañías ligeras quedaban atrás para ocupar las posiciones conquistadas y contestar al fuego de fusilería de los defensores que se mostraban sobre la muralla, una gran parte del regimiento de Campbell se reunió pronto en la base de la brecha del saliente norte, y grande fue la sorpresa de dicho jefe al no encontrar allí a la columna de ataque de Mackinnon, tras la cual debía marchar.

Antes de ocuparnos de lo que sucedía en otros frentes, nos referiremos a lo acaecido simultáneamente en el interior de la plaza. El Gobernador y su pequeña reserva se encontraban entre las dos brechas, lugares evidentemente más expuestos a las empresas de los sitiadores. Ahora bien, algunos minutos antes de las siete, cuando nadie se había movido todavía de los Tesos, disparos de fusil y explosiones de granadas se hacían oír en la retaguardia, del lado de la puerta de Almeida. Temiendo un intento de escalada por cualquier punto mal guarnecido por los defensores, Barrié corrió con sus hombres en aquella dirección, y vio a los escoceses del 5.º escalar la falsa-braga y seguir después en dirección del saliente norte. Sintióse incapaz de oponerse al éxito de estos ataques occidentales, el Gobernador de Ciudad Rodrigo se contentó con arrojar sobre los asaltantes todos los proyectiles que se hallaban preparados sobre la muralla, y regresó a la gran brecha en el momento en que la lucha se encendía también por allí (25).

* * *

Sobre el frente norte, Wellington había confiado a la Brigada Mackinnon (1.º batallón del 45.º, 70.º regimiento y 1.º batallón del 88.º) la misión más importante, puesto que se trataba de apoderarse de la gran brecha abierta al flanco del saliente de la Torre del Rey. Esta tropa desembocó desde la primera paralela y desde la comunicación entre ésta y la segunda. En cabeza, marchaban los 150 zapadores ingleses, llevando cada uno de ellos dos sacos rellenos de brezo. Protegidos por el fuego que el 83.º, apostado en la segunda paralela, sostenía contra los parapetos de la fortaleza y, en particular, contra la falsa-braga, aquellos hombres alcanzarían el borde del foso

(25) BELMAS (T. IV, págs. 277 y 300).—BURGOYNE (T. I, pág. 157).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 360).—LONDONDERRY (T. II, pág. 360).—OMAN (T. V, pág. 179).

y echarían en él sus sacos. Con ello, la altura de la contraescarpa se encontraría reducida de 4 metros a 2,50. Los infantes que les seguían podrían así saltar sin peligro al foso. Pero la escalada de los parapetos de sus propias trincheras, la distancia que tuvieron que recorrer y la subida del glacis, donde se vieron expuestos a los fuegos de la defensa, les hicieron perder tiempo, y, de este modo, la cabeza de la columna Mackinnon se presentó al pie de la brecha con un retraso de una decena de minutos sobre el horario previsto, lo que explica que las tropas de Campbell se hubieran encontrado al principio solas en el lugar de la cita.

Siguiendo las instrucciones recibidas, dicho coronel debía esperar el paso de la columna de asalto para marchar detrás de ella. En consecuencia, detuvo a su tropa un instante; pero viendo que nadie llegaba y no pudiendo continuar inmóvil con los suyos, bajo el fuego de los franceses, se decidió a trepar por la suave pendiente que formaban los escombros hasta la cima de la brecha. No fue, así, la fuerza prevista la que subió al ataque, y esto explica que las pérdidas de la segunda brigada de Picton fueran dobles de las de la primera.

El compás de espera marcado por los escoceses de Campbell les había sido, por lo demás, beneficioso, porque los defensores de la gran brecha, mandados por el Comandante Husson, habían puesto fuego a las bombas y a los explosivos destinados a barrer el plano inclinado que los asaltantes debían normalmente ascender de un solo impulso. Todos aquellos preparativos se desperdiciaron, estallando antes de tiempo, debido a que los británicos habían interrumpido momentáneamente su progresión. Y cuando, precedidos por el 5.º regimiento, se lanzaron verdaderamente al ataque, una buena parte de los medios de defensa de los franceses se habían malgastado inútilmente.

Fue ya en lo alto de la muralla donde los atacantes comenzaron a experimentar dificultades. Allí, en efecto, se vieron detenidos por la contraescarpa, demasiado alta para ser saltada, y por las cortaduras laterales. Las dos piezas de a 24, cargadas de metralla, cruzaban sus fuegos sobre la parte superior de la brecha, mientras que, desde los parapetos y las casas vecinas, la fusilería diezmaba a los que marchaban en vanguardia. Los soldados de Campbell no pudieron, pues, mantenerse allí y retrocedieron en desorden hasta la falsa-braga y el foso.

Mientras tanto, la Brigada Macninnon se había dispuesto para el ataque, y apenas refluó la primera oleada, el Mayor Manners, del 74.º, arrastró en pos de sí las compañías ligeras de los regimientos 45.º, 74.º y 88.º, así como algunos destacamentos escoceses. La subida se hizo esta vez más penosa, a causa de los cadáveres que se amontonaban sobre el plano inclinado y sobre la brecha, donde se encontraron de nuevo los mismos obstáculos. Este segundo ataque fracasó, por tanto, al igual que el primero.

El Mayor General y Campbell realizaron, sin embargo, una nueva

tentativa, con la intención de asaltar directamente los parapetos situados detrás de las cortaduras transversales. La brecha fue de nuevo coronada y la defensa no tardó en desmoronarse. Según algunos autores, los escoceses habrían descubierto las planchas de que los franceses se habían servido anteriormente para franquear las cortaduras y que habían descuidado retirar. De este modo, los atacantes habrían podido abordar a los defensores del parapeto situado al lado diestro de la brecha y triunfar de su resistencia, mientras que Mackinnon había tenido menos suerte por la izquierda.

Pero parece más verosímil que los hombres de Barrié y de Husson hubieran abandonado bruscamente la gran brecha, bien al saber que la pequeña había sido forzada y que el enemigo estaba ya en la ciudad a sus espaldas, o porque vieran aparecer la cabeza del 43.º regimiento inglés que avanzaba por el terraplén sobre su flanco derecho. En todo caso, el pánico cundió entre los soldados franceses, que se declararon en fuga. Sin embargo, al retirarse, los oficiales dieron fuego a la mina situada en la poterna por debajo de la brecha. La formidable explosión causó entre los ingleses más de 150 víctimas, entre ellas, el General Mackinnon, que resultó muerto en el acto (26).

* * *

La División ligera del Mayor General Craufurd estaba encargada del ataque por el flanco izquierdo, dirigido contra la segunda brecha abierta en el cuerpo de plaza, en el costado de la vieja torre situada a mitad de distancia entre la Torre del Rey y la Puerta del Conde. Esta tropa se había reunido detrás del convento de San Francisco, a la caída de la noche, y había tomado sus disposiciones de combate, de tal modo que a las siete en punto abandonaba la protección de los edificios. Entre las diversas columnas de asalto era ésta la que tenía que recorrer una distancia más larga en terreno descubierto, que resultaba superior a los trescientos metros.

Salidas de la derecha del convento, cuatro compañías de *riflemen* [carabineros] del 1.º batallón del 95.º regimiento, a las órdenes del Mayor Cameron, se dirigieron hacia el intervalo comprendido entre las dos brechas; se alinearon a lo largo de la cresta del glacis y abrieron fuego sobre los parapetos de la falsa-braga y de la muralla para distraer la atención de los defensores e impedirles concentrar su fusilería sobre las columnas de asalto.

Algunos minutos después le correspondió el turno a la brigada del Mayor General Vandeleur de lanzarse desde la izquierda del convento y de dirigirse rectamente hacia la pequeña brecha. Se hallaba precedida por 160 portugueses del 3.º de Caçadores, cargados de sacos rellenos de brezo y de paja, así como de escalas; material que

(26) AUGOYAT: *Précis des campagnes et des sièges d'Espagne et de Portugal de 1807 à 1814* (Paris, 1839, pág. 307).—BELMAS (T. IV, págs. 279 y 301).—BRIALMONT (T. I, pág. 447).—BURGOYNE (T. I, pág. 157).—FORTESCUE (T. VIII, págs. 361 y 366).—JONES (pág. 128).—NAPIER (T. VIII, pág. 91).—OMAN (T. V, pág. 180).

debía facilitar el descenso hasta el foso. A la cabeza de la columna propiamente dicha marchaba el destacamento de exploradores, compuesto de veinticinco voluntarios mandados por el Teniente Gurwood, del 52.º; seguía, después, la partida encargada del asalto, 300 voluntarios de los tres batallones de Vandeleur, a las órdenes del Mayor G. Napier, del 52.º; y, finalmente, el resto de la brigada (1.º y 2.º batallones del 52.º y algunas compañías del 3.º del 95.º), cuya misión consistía en explotar el éxito. En cuanto a la 2.ª brigada de la División ligera, la del Teniente Coronel Barnard (1.º del 43, 2.º del 95.º y 1.º de Caçadores), constituía una reserva que debía reunirse con Vandeleur sobre la brecha.

La marcha se efectuó en silencio, con el fin de retardar en lo posible el momento en que la defensa abriera el fuego en esta dirección. Por una causa difícil de determinar, los portugueses, que debían haber llegado los primeros al borde del foso, fueron rebasados por los hombres del Teniente Gurwood, a los cuales no les faltaba más que saltar la contraescarpa, que sólo tenía en este sitio una altura de tres metros, antes de precipitarse hacia la brecha de la falsa-braga.

Alertados con ello, los franceses abrieron sobre el foso y la cresta del glacis un fuego violento de fusilería y de metralla, que produjo estragos en las filas inglesas. Estas no tardaron, por otra parte, en dislocarse; pues los exploradores de Gurwood se habían perdido en la oscuridad, desviándose demasiado a la derecha. Confundieron un rebellín con el baluarte, y tuvieron que retroceder para encontrar la brecha. Aunque todo ello se rectificó muy pronto, los asaltantes se amontonaron en el fondo del foso con alguna confusión. El General Craufurd, inquieto por el giro que tomaban los acontecimientos, acudió en persona a la cresta del glacis, con el fin de animar a sus hombres y de ordenar la marcha de las unidades de sostén. En aquel momento, le alcanzó una bala, que le atravesó el brazo, le rompió dos costillas y acabó por alojarse en la columna vertebral. Pocos minutos después, resultaron igualmente heridos el Mayor General Vandeleur, el Teniente Coronel Colborne, jefe del 52.º, y el Mayor G. Napier; de los cuales, sólo el primero pudo continuar en su puesto de combate.

Mientras tanto, Gurwood había acabado por descubrir la entrada de la brecha, que escaló seguidamente la columna de asalto. Su empuje quedó frenado por la estrechez de la parte superior del derrumbamiento, casi totalmente obstruido por una pieza de artillería y algunas carretas. Pero los ingleses superaron el obstáculo y pusieron pie sobre el terraplén de la muralla. Por falta de tiempo, ninguna obra de defensa había podido ser construida a la altura de esta brecha, y, de este modo, los *voltigeurs* que la custodiaban, la abandonaron al instante, siendo así que hasta entonces se habían mantenido firmes, fusilando eficazmente al enemigo.

Una vez dueños de la pequeña brecha, los asaltantes se reordenaron sobre la muralla y se dividieron en dos columnas, que tomaron

opuestas direcciones. El 52.º marchó hacia la izquierda y alcanzó sin dificultades la puerta de Salamanca, con el fin de abrirla y permitir que las tropas que permanecían en el exterior penetraran en la plaza; pero dicha puerta se encontraba tapiada. Hacia la derecha, fuerzas del 43.º y del 95.º, tras vencer la resistencia de algunos elementos de la guarnición, desembocaron sobre la retaguardia de los defensores de la cortadura a la izquierda de la gran brecha. La aparición de los soldados de Barnard precipitó el repliegue de los franceses, ya desmoralizados por el anuncio de que el enemigo había penetrado en la ciudad. Apenas había transcurrido media hora desde el comienzo del ataque (27).

* * *

Quedaba todavía la quinta columna aliada, integrada por los 1.º y 16.º regimientos de línea portugueses, bajo el mando del Brigadier General Pack. Dicha columna tenía por misión efectuar una demostración sobre las obras exteriores al este de la plaza y sobre la puerta de Santiago. Procedente de La Caridad y bordeando la orilla del Águeda, esta tropa se aproximó a los puestos imperiales sin que su presencia fuera descubierta. Entonces, el Mayor Lynch se lanzó francamente al ataque, a la cabeza de un pequeño destacamento, contra el rediente situado delante de la puerta, y escalando la falsa-braga, hizo prisioneros a los defensores, por lo demás muy poco numerosos, algunos de los cuales consiguieron, no obstante, escapar trepando por las cadenas del puente levadizo.

Este falso ataque coronado por el éxito habría influido, así, de un modo señalado en la caída de la plaza; pero la referencia no puede considerarse absolutamente cierta. En su informe sobre el sitio de Ciudad Rodrigo, el Gobernador Barrié dice que, después de haber acudido con su reserva hasta la puerta de Almeida, con ocasión del ataque del 5.º regimiento británico, había regresado a la gran brecha, advirtiendo que el fuego decrecía en este punto (sin duda, durante la pausa efectuada por la brigada escocesa en la falsa-braga), y al enterarse de que el enemigo escalaba la muralla por el Sur, se había dirigido en esta dirección y comprobado con satisfacción que allí no ocurría nada grave, por lo que volvió de nuevo hacia las brechas, a donde llegó en el momento en que se desmoronaba la resistencia. De acuerdo con este informe del Gobernador, el ataque de Pack no le impidió acudir con su reserva a enfrentarse con las tropas de Mackinnon y Craufurd. Según Londonderry y Fortescue, los hombres de Lynch, después de poner el pie en la falsa-braga, habrían con-

(27) BELMAS (T. IV, págs. 278 y 301).—BURGOYNE (T. I, pág. 159).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 362).—GURWOOD (pág. 590; carta de Wellington a Lord Liverpool, del 20 de enero).—JONES (pág. 128).—LONDONDERRY (T. II, pág. 393).—NAPIER (T. VIII, pág. 90).—OMAN (T. V, pág. 182).—VERNER (T. II, pág. 342).

seguido escalar la muralla y entrar en la ciudad, aumentando el apuro de los defensores, tomados así francamente de revés (28).

Aunque se produjeron combates parciales, librados de casa en casa o en las calles, entre la cabeza de las columnas inglesas que desembocaban de ambas brechas y las tropas imperiales que habían abandonado la muralla, no parece que haya existido una oposición muy seria por parte de estas últimas. Después de haberse reunido en torno de la catedral, los soldados de Picton y Craufurd se extendieron por la ciudad en pos de los franceses, que refluían en desorden hacia la explanada situada delante del castillo, en la que se encontraba aparcado el tren de sitio del ejército francés de Portugal. Una vez llegados a tal punto y acorralados contra el recinto, la mayor parte de los defensores rindió sus armas; sólo algunas decenas de hombres penetraron en el castillo y se encerraron en él, con el Gobernador y su Estado Mayor.

Reforzados por los soldados de O'Toole y de Pack, que entraron en la ciudad por sus propios medios, los ingleses dirigieron una intimación al General Barrié, que se rindió a su vez, sin que se pueda precisar quién recibió su espada, si el Teniente Gurwood, del 52.º, o el Teniente Mackie, del 88.º (29).

El segundo sitio de Ciudad Rodrigo había terminado. Antes de referirnos a sus consecuencias, conviene hacer un balance del mismo. Por lo que se refiere a los aliados, se advierte que la suma de sus pérdidas varía mucho según los autores. Siguiendo a Oman, nos atenemos a las cifras que figuran en los partes oficiales del *Record Office*, es decir, a un total de 1.121 hombres fuera de combate para el conjunto del sitio, desde el 8 al 19 de enero; de ellos, 568 corresponden al asalto del 19. En este número figuran nueve oficiales muertos, entre ellos el General Mackinnon, y cincuenta y uno heridos, incluyendo a los Generales Craufurd y Vandeleur. El bravo jefe de la División ligera falleció el 24 de enero, de resultas de las graves heridas recibidas al pie de la pequeña brecha. Ello constituyó una sensible pérdida para Wellington (30).

«Ignoro cuáles habrán sido nuestras pérdidas», diría el General Barrié en su informe. Si se admiten como válidas, de una parte, la cifra de 1.600 combatientes sobre las armas en 8 de enero, y de otra, la de 1.300 prisioneros capturados por los ingleses, pueden calcularse en 300 los hombres fuera de combate. Pero este cálculo parece demasiado moderado, aun reconociendo con algunos testigos británicos que las pérdidas de los sitiadores fueron dobles de las de los sitiados, con ocasión del asalto. Las cifras verdaderas debe oscilar entre 300

(28) BELMAS (T. IV, pág. 301).—BRIALMONT (T. I, pág. 448).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 363).—CURWOOD (pág. 592).—LONDONDERRY (T. II, pág. 374).—OMAN (T. V, pág. 183).

(29) BELMAS (T. IV, pág. 279).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 363).—NAPIER (T. VIII, pág. 93).—OMAN (T. V, págs. 183 y 589).

(30) OMAN (T. V, pág. 587).—VERNER (T. II, pág. 351).

y 500. Gracias a Martinien, se dispone de una base de estimación por lo que respecta a los oficiales, puesto que de los sesenta y siete que existían al comienzo de la operación, siete resultaron muertos y veintitrés heridos (31). De esta proporción de bajas, que sobrepasa el 40 por 100, se puede concluir que los mandos de la guarnición habían cumplido enteramente con su deber.

* * *

Mientras que las cabezas de las columnas británicas daban caza a los franceses que se retiraban de las brechas y de la muralla para buscar refugio por el lado del castillo antes de efectuar su rendición, varios millares de hombres se extendieron por la ciudad en busca de todo lo que pudiera caer en sus manos. Iban a producirse, de este modo, durante toda la noche del 19 al 20 de enero, «escenas horribles de saqueo y confusión».

El almacén de aguardiente de la guarnición, situado en la Plaza Mayor, fue pronto descubierto por los soldados sobreexcitados por el asalto y el triunfo. El centinela alemán, que la vanguardia había dejado allí al pasar, fue muerto a bayonetazos por sus propios camaradas, y la multitud se arrojó sobre las barricadas. En algunos instantes, la embriaguez se hizo general; varios hombres rodaron por el suelo borrachos perdidos y quedaron abrasados por el incendio que devastó en poco tiempo las casas circundantes. Este incendio fue provocado voluntaria o involuntariamente, a causa de las hogueras que encendieron los soldados para calentarse en aquella noche glacial.

El alcohol acabó por disolver todos los vínculos de la disciplina, y el desenfreno de la soldadesca llegó al colmo... Ingleses y portugueses, dueños de la calle, proferían alaridos y disparaban sus armas al aire; en la plaza del mercado estallaban reyertas entre ellos, con muertos de una y otra parte. Guiados por algunos habitantes, deseosos de aprovecharse del desorden, centenares de soldados se dedicaron desde entonces al pillaje; las casas fueron sistemáticamente forzadas, registradas y saqueadas. Todos los objetos de valor fueron robados, incluidos los vestidos y zapatos de las damas. Algunos ciudadanos que intentaron defender sus bienes resultaron asesinados, y todas las personas pertenecientes al sexo femenino fueron violadas, sin distinción de edad. Las capillas e iglesias quedaron desvalijadas, y los saqueadores se alumbraron con los candelabros y cirios encontrados en ellas, para su siniestra tarea.

Algunos oficiales se esforzaron en reprimir estos actos de ban-

(31) BELMAS (T. IV, pág. 302).—FORTESCUE (T. VII, pág. 366).—OMAN (T. V, pág. 185). De los informes suministrados por Martinien, se deduce que un oficial de Estado Mayor; dos oficiales de ingenieros, entre ellos el Capitán Cathals, que resultó muerto; seis oficiales de artillería; ocho oficiales del 113.º, y trece del 34.º ligero, entre ellos el jefe de batallón Fourtine (que sucumbió más tarde a sus heridas), quedaron fuera de combate.

didaje, en particular, el General Picton y los Coroneles Barnard, Cameron y Mac Lead; pero no fueron obedecidos y hasta se vieron amenazados y atropellados en ocasiones. No obstante, bajo el imperio de la fatiga, los soldados hartos de vino y aguardiente y saciados de lujuria se dejaron vencer por el sueño. Poco a poco, los mandos restablecieron el orden y reunieron sus hombres por regimientos sobre las murallas. Por fin se pudieron constituir equipos para recoger los heridos, que habían pasado la noche sobre el glacis o en las brechas, para ponerlos al abrigo de las casas. Se continuó trabajando en la extinción de los incendios, que, a pesar de todo, duraron unos seis días, amenazando extenderse a la totalidad de la urbe.

En la mañana del 20, las unidades más o menos reconstituidas salieron de Ciudad Rodrigo. La mayoría de los soldados iban cargados de botín y vestidos con despojos sustraídos a los franceses y a los paisanos. A tal punto que Wellington, apenas pudo reconocer a su División ligera, que tanto se había distinguido en el asalto, pero también en el saqueo de la desgraciada ciudad. El General Leith, a la cabeza de la 5.^a División, vino entonces a ocupar la fortaleza, mientras que los prisioneros franceses se alejaban marchando en dos columnas. Habían sido mejor tratados por los vencedores que la población civil; pero la explosión de un polvorín, provocado por desertores ingleses que no deseaban volver a caer en manos de sus compatriotas ocasionó la muerte de un cierto número de aquellos prisioneros, así como la de algunos hombres de su escolta.

Mientras que los historiadores españoles de la primera mitad del siglo xix se guardan de evocar los excesos que siguieron al victorioso asalto de Ciudad Rodrigo, los ingleses no dudaron en denunciarlos y reprobarlos. Sin embargo, aunque lamentan por lo general la falta de honradez y disciplina de sus soldados, tratan de salvar la responsabilidad del general en jefe, alegando que se trataba de la primera ciudad europea tomada por asalto por el ejército británico, lo que explica la falta de precauciones por parte del mando para frenar a las tropas una vez conseguido el éxito. Podría admitirse el argumento, si no hubiera sido contradicho por ejemplos ulteriores; con ocasión de los asaltos de Badajoz y San Sebastián, los excesos cometidos por los ingleses, ¿no debían sobrepasar en horror a los que sufrió Ciudad Rodrigo, sin que se pueda invocar ya la inexperiencia de los jefes?

Otros han pretendido excusar la actitud de los vencedores del 19 de enero de 1812, comparándola con la de las tropas imperiales, cuando se apoderaron a viva fuerza de un cierto número de ciudades fortificadas de la Península. Sin pretender de ningún modo aminorar las violencias de que los franceses se hicieron a menudo culpables durante esta guerra, conviene, no obstante, distinguir entre el furor vindicativo de unos soldados que penetraban en una localidad en que paisanos españoles y portugueses habían cooperado con los militares a la defensa, con las atrocidades cometidas por las columnas de

asalto británicas con una población que en su inmensa mayoría los consideraba como aliados y los esperaba como libertadores (32).

* * *

A despecho de este episodio lamentable, el sitio de Ciudad Rodrigo constituía para el ejército angloportugués un brillante hecho de armas. De todas las operaciones similares emprendidas en la Península por los ingleses, ésta fue la única en la que no se produjo el menor contratiempo desde el principio hasta el fin. De suerte, que bastaron doce días para llevar a cabo un programa, a la realización del cual Wellington había pensado consagrar lo menos veinticuatro. Una parte del mérito corresponde a los ingenieros, que no cometieron el menor error; a la acumulación oportuna de medios materiales, y también, al entrenamiento recibido durante varios meses por un destacamento de infantería de la 3.^a División, para actuar como zapadores.

Pero, ante todo, se debe rendir homenaje al General en jefe británico, que dio muestras en esta ocasión de una cualidad muy poco habitual en él: la audacia. Obligado a actuar con rapidez, por temor de que acudieran los ejércitos imperiales del Norte y de Portugal, se atrevió por dos veces a pasar por alto las reglas admitidas: la primera, atacando la luneta Reynaud e iniciando los trabajos de zapa el mismo día en que se completó el cerco, y la segunda, absteniéndose de apagar los fuegos de la defensa y de abatir la contraescarpa, antes de efectuar el asalto. Aprovechando de este modo la ocasión, sacó de ella el máximo partido, explotando el entusiasmo de sus soldados, con los cuales emprendió un período de operaciones victoriosas que le habían de conducir hasta Madrid y Burgos.

El único reproche que se le puede hacer consiste en la prodigalidad de vidas humanas de que dio muestras en esta ocasión, y que resulta tanto más sorprendente cuanto que solía escatimarlas con el mayor cuidado en las operaciones en campo abierto. Sobre todo, el asalto del 19 de enero le costó muy caro, cuando le hubiera bastado con un ataque demostrativo sobre la brecha principal, donde los defensores habían concentrado la mayor parte de sus medios. La debilidad de la guarnición, que obligaba a Barrié a dejar tan sólo algunos piquetes sobre el contorno de la plaza, habría permitido a los ingleses escalarla con éxito por diversos puntos.

A quienes pretendan comparar el método expeditivo que utilizó Wellington durante el sitio, con la lentitud de que dieron muestras Ney y Massena en 1810, bastará con replicar que, a la inversa de los ingleses, los dos mariscales de Napoleón disponían sobradamente de

(32) ARTECHE (T. XI, pág. 373).—BELMAS (T. IV, pág. 279).—BRIALMONT (T. I, pág. 448).—FORTESCUE (T. VIII, pág. 363).—LONDONDERRY (T. II, pág. 375).—NAPIER (T. VII, págs. 93 y 97).—OMAN (T. V, pág. 183).—SOUTHEY (T. V, pág. 423).—VERNER (T. II, pág. 346).—WELLER (pág. 197).

tiempo, y no necesitaban abreviar los trabajos de zapa a costa de la vida de sus soldados.

Numerosas censuras pueden hacerse a los defensores de Ciudad Rodrigo en 1812. Al principio del asedio, la guarnición dio muestras de debilidad y de cierta negligencia, especialmente con ocasión de la defensa de la luneta Reynaud y del Convento de Santa Cruz. Cuando el ataque del 19, los piquetes que ocupaban la falsa-braga no opusieron apenas resistencia a los portugueses de O'Toole y de Pack, mientras que la defensa de la pequeña brecha se desmoronó rápidamente. Pero nada de ello resulta sorprendente, si se tiene en cuenta que la infantería de que constaba la guarnición era de calidad mediocre, que el sitio había comenzado prácticamente ya en octubre, que un solo contacto se había establecido desde entonces con el exterior, en el momento de la visita de Thiébault (1.º de noviembre de 1811), y que durante el asedio, no se había percibido la menor señal de que los ejércitos imperiales se dispusieran a socorrer la plaza... No hay que olvidar tampoco que el servicio resultaba excesivamente penoso, puesto que los hombres, que carecían de capotes, debían pasar todas las noches al raso sobre la muralla o en la falsa-braga, cuando la temperatura descendía muy por debajo de cero. En tales condiciones, ¿cómo se podía exigir de los defensores la moral y el entusiasmo indispensables para hacer una fuerte resistencia?

Del Gobernador, en resumidas cuentas, no era posible esperar más. Cuando fue designado para ocupar el puesto, no había ocultado su repugnancia ni sus temores; pero logró sobreponerse a tales sentimientos, y si, en la hora de la prueba, su capacidad no rayó a gran altura, su valor personal merece subrayarse. Los errores que se le imputan, se debían por lo general a su inexperiencia y a su falta de medios. Las obras exteriores fueron mal defendidas; pero no era posible consagrarles grandes destacamentos, porque, de otro modo, no hubiera quedado fuerza suficiente para vigilar el cuerpo de plaza. La resistencia en la pequeña brecha habría podido asegurarse mejor, pero no hubo tiempo de preparar su defensa. En el momento del asalto, Barrié se dejó distraer por ataques demostrativos, que sólo afectaban de hecho a la falsa-braga, y se ofuscó de tal modo, que su reserva no fue capaz de socorrer a la compañía que custodiaba la pequeña brecha. Pero no estaba absolutamente equivocado, puesto que, al fin y a la postre, los soldados de O'Toole y de Pack penetraron en la ciudad. Sosteniendo la resistencia hasta el fin y rehusando la rendición que se le propuso el 16, para aguantar al enemigo sobre la brecha, se condujo como bravo y cumplió con su deber. Así, por lo que a él respecta, se debe reconocer también que hubiera sido difícil obrar mejor y que no le era posible salvar la plaza que le había sido confiada.

En tales condiciones, no se explica el empeño del Duque de Ragusa en hacer recaer sobre el Gobernador la entera responsabilidad de la catástrofe. En su correspondencia de la época, así como en

sus *Memorias*, calificaba a Barrié de «mal general», cuya conducta en aquella ocasión había sido «deshonrosa»; de «oficial detestable, sin resolución ni vigilancia», que había realizado «una defensa tan miserable», que no dio tiempo al ejército de acudir en su socorro... El jefe del ejército francés de Portugal olvidaba que el 16 de septiembre anterior había informado por sí mismo a Berthier que Ciudad Rodrigo no podría resistir ni quince días contra un ataque que dispusiera de medios considerables. La actitud de Marmont respecto a Barrié es la que suelen adoptar los jefes para descargar sobre sus subordinados la parte de responsabilidad que les incumbe.

De hecho, la causa primordial de la rápida caída de la fortaleza del Agueda se debe, en definitiva, a la insuficiencia de las tropas encargadas de custodiarla. Para defender un puesto, cuya importancia había sido aumentada por la erección de varias obras exteriores, Barrié no disponía siquiera de la tercera parte de las fuerzas con que contaba Herrasti en 1810.